VENTURA DE LA VEGA

CARTAS ÍNTIMAS

MADRID
1874

Ex Libris

Russell Perry Sebold III

3000 L

FL DRPS FA/0673
0500767874

CARTAS ÍNTIMAS

GALERIA LITERARIA.—MURCIA Y MARTI, EDITORES.

CARTAS INTIMAS

DE

DON VENTURA DE LA VEGA

DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA.

MADRID
Imprenta de la Galería Literaria.
Colegiata, 6.

1874.

CARTAS ÍNTIMAS

París 21 *de Mayo de* 1853.

Manuela mia de mi corazon: ¡cuanto deseo recibir carta tuya! Bien conozco que, segun lo que acordamos, tú no me habrás escrito hasta haber recibido la primera mia de París, que te la escribí, al llegar, el sábado pasado 14, de modo que hasta el martes ó miércoles no espero recibirla. Sentiria que me engañase el corazon; pero no me dice que suceda nada desagradable: tengo cierta confianza en que estais todos buenos, y esto me consuela de un tanto de fastidio que siento algunos ratos, acordándome de vosotros.

Mi salud es buena: no solo no me he resentido del estómago, sinó que sigo notablemente aliviado. No falto al sistema que habia emprendido: sigo acostándome á las doce y levantán-

dome á las ocho; no como más que cosas sanas y me paseo mucho.

¿Y vosotros, queridos mios, cómo estais? Espero con ánsia tu carta; deseo leer que estás buena y que lo están mis hijos: hasta entonces no sosiego, ni dejo de sentir un vacío que nada puede llenar estando separado de vosotros.

En los ocho dias que llevo de estar aquí he estado siempre con Segovia y Olona: con ellos he recorrido estas maravillas, que están muy mejoradas de como tú las viste. Los teatros están en un punto de perfeccion imponderable en cuanto á actores; baste decirte que anoche fuí con Olona al *Gimnase*; empezó la funcion á las siete, y yo me estuve fijo en la butaca hasta las doce... tú me conoces y no te digo más. Hasta ahora no ha salido Rachel más que una noche á hacer una comedia titulada *Lady Tartuffe*, mala comedia, pero la ejecucion admirable, y sobre todo Rachel. Esta noche voy á verla en *Bajazet*, y la semana que viene trabaja por despedida cuatro dias: el martes *Lady Tartuffe*, el miércoles *Polyeuc* (que se la has visto), el jueves *Adriana* y el viernes

Fedra. Ya tengo los billetes para las cuatro noches; te contaré, sobre todo, de *Adriana*.

No sé si habrá llegado Ventura primo; voy á averiguarlo hoy para llevarlo á que se divierta antes de entrar en su encierro. Dáles memorias á sus padres.

En este momento acaba de estar á verme Piermasini: le he hallado tan grueso, tan fresco y tan bueno como estaba hace once años. El pobre ha llorado hablando de tí y me ha llenado de abrazos y de besos. He pasado un rato muy agradable con él haciendo elogios de tí.

Hoy escribo á Corral y Barbieri: da tú memorias á Salas, á quien pronto escribiré, y á los demás amigos, particularmente á Zea.—VENTURA.

París 26 *de Mayo*.

Ayer saqué del correo, Manuela mia, tu carta del 20, y á estas horas yo no sé cuantas veces la he leido, cada vez con más placer: tanto era lo que la deseaba. Voy á explicarte por qué recibiste en un dia mis dos cartas de París y por qué no te escribí desde Bayona. La tarde que lle-

gué á París era ya la hora de salir el correo, y por mucho que me apresuré á escribir y á enviar la carta, debió de llegar tarde y no salir hasta el dia siguiente con la otra. A Bayona llegamos á las cinco de la tarde: yo tenia empeño en no quedarme allí aquella noche, pues en ese caso no podíamos salir hasta las siete de la tarde del dia siguiente, y Bayona es pueblo tristísimo para pasar en él un dia entero. Pero no se encontraban ya asientos para Burdeos, y mis compañeros de viaje casi se alegraban de ello, porque se hallaban rendidos de las dos malas noches y tenian ganas de dormir en cama: yo estaba más entero y firme que ellos, á pesar de ser el enfermo, y procuraba convencerlos de que era mejor pasar ya la tercera mala noche y descansar un dia en Burdeos, ciudad hermosa donde estaríamos divertidos. Con este empeño, mientras ellos se metian en la fonda del Comercio (ya te acordarás de ella), me fuí yo á buscar á Paco Vilamitjana, que está empleado en una administracion de diligencias, y busca por aquí, busca por allí, hallé en un coche que salia á las siete de aquella tarde

los cuatro asientos de rotonda libres: los tomé sin vacilar, y fuí á noticiarles á mis compañeros la nueva, que les hizo saltar, particularmente á Campos, que no se consolaba de la idea de ir en rotonda, por temor del movimiento, pues en esa parte del carruaje es más incómodo. Pero, en fin, cedieron, y marchamos á las siete: luego vimos que el movimiento de las rotondas de *Francia* no es como el de las de *España*, sinó muy bueno; y cuando se encontraron en Burdeos se alegraron de mi resolucion, y Campos me pidió perdon de haberme hecho la oposicion. Por esta relacion comprenderás que despues de tomar los billetes apenas me quedó tiempo para tomar un bocado y subir al coche, mientras los otros estaban descansados en la fonda, y en ese tiempo sin duda fué cuando Ramon escribió á su mujer.

Ayer me encontré en el *Boulevart* á Manuel Rosales, y me dijo que hoy se marchaba á Madrid; le encargué que te viera y te dijera que me dejaba bueno: no le he dado carta, porque esta la recibirás antes que él te vea. Tambien se ha despedido hoy de mí Ramon Luna, que se mar-

cha mañaña á *Munich* á adorar á su *Liebig*: ya no vuelve á París; desde Alemania irá á Marsella, y allí se embarcará para Barcelona: no estará en esa hasta dentro de un mes.

Desde que recibí tu carta ando haciendo diligencias por hallar al primo Ventura, sin poder encontrar rastro de su paradero. Tú que sabias que en el *hotel Bergere* vivia Segovia, pues por eso me escribia que me fuera á vivir allí, debiste decirle que, si no le daban en él razon de mí, preguntase por Segovia, y éste le hubiera dicho dónde vivia yo.

Seguiré mis pesquisas; iré á la embajada de España, y por último, acudiré á la policía hasta dar con él, pues me causa pena saber que está en París y no verlo.

Yo he mandado ya hacer un traje negro, que estrenaré el miércoles para ir á comer con el ministro de Negocios extranjeros, que me envió ayer un convite: se llama *Drouyn de Louhys*: creo que me le habrás oido nombrar: somos muy amigos desde el año 31, que estuvo en Madrid de agregado á la embajada. El lunes da un baile el emperador y tambien iré. Hasta ese dia no veré á la emperatriz, pues con el mal parto no ha recibido todavía: al emperador sí le he visto en el paseo: iba á caballo, y me gustó mucho su figura y su aire. Por lo que veo y oigo, juzgo que mientras viva no vuelve á haber aquí revolucion: no te diré yo que pueda fundar dinastía; tiene cuarenta y cinco años y mucha salud, de modo que, aunque tenga el año que viene un hijo, no es probable que viva hasta dejarlo en edad de reinar y habiéndose ya captado el cariño del pueblo; y no siendo así, lo que es una minoría y una regencia no se sostienen aquí; pero mientras él viva habrá imperio y paz... salvo el caso de que le dieran un pistoletazo; pero tampoco lo creo: él sale todos los dias solo, á caballo ó en carruaje abierto, sin más que dos lacayos, y así se vá por todos los barrios de París; pasa entre los obreros y le victorean á porfía, él contesta á los vivas saludando con el sombrero, con un aire muy afable y muy digno, sin altanería ni humillacion: es cosa que me ha chocado; parece que ha sido emperador toda su vida.

Ya he visto representar á Rachel tres noches;

anoche la *Adriana*... ¿Qué te podré decir? Olona y yo, que estuvimos juntos, gritamos como locos y salimos asombrados. ¡Verla caer muerta en el sillon, ver la cara de cadáver que le queda, es cosa que dá frio! Esta noche es su despedida; hace la *Fedra* y yo no faltaré. Dejo para otra carta hablarte de los demás teatros que he visto. Esto es la misma perfeccion.—VENTURA.

París 6 *de Junio de* 1853.

El dia 1.° recibí, Manuela mia, tu carta del 26, y hoy recibo la del 1.° de éste, ambas en respuesta á las dos mias. No te escribí en cuanto recibí la primera porque aquellos dias iba á ser presentado á la córte y queria aguardar á contarte la escena: hoy contesto á tus dos cartas y te contaré los obsequios que he recibido.

A los pocos dias de mi llegada fuí á dejar una tarjeta al ministro de Negocios extranjeros, Drouyn de Louhys, antiguo amigo mio de Madrid, y á los dos dias me dejó él otra y un convite para ir á comer á su casa el lunes 30. Al dia siguiente me escribió diciéndome que trasladaba la comida al

miércoles, por tener lugar el lunes el baile que daba el emperador en *Saint-Cloud*, y por saber que la emperatriz habia dado órden de que se me convidara. En efecto, aquel mismo dia recibí un pliego de Palacio con una esquela de convite para el baile, previniéndome que antes seria presentado á los emperadores. El baile era á las nueve, y á las ocho y media llegué yo á *Saint-Cloud*, que está cosa de legua y media de aquí, en compañía del encargado de negocios de España, que me llevó en su coche; pues aunque hay camino de hierro, no es buen tono ir por él á Palacio. Iba yo de uniforme, con la casaca bordada, y todas mis condecoraciones, y me coloqué en la cámara, en el círculo formado por los enviados diplomáticos y sus mujeres. A las nueve en punto se abrieron las puertas y salieron los emperadores, precedidos del duque de Bassano, *Grand-Maitre* (mayordomo mayor); de la princesa de Essling, Grand-Maitresse de l'Imperatrice (camarera mayor), y de los Chambellans (*gentiles hombres*), y empezaron á recorrer el círculo, hablando á cada uno en particular; pero en cuanto la

emperatriz volvió los ojos y me vió, dejó á su marido continuar la vuelta y se vino hácia mí, partiendo por medio y rebosándole la alegría en el semblante: todos abrieron sitio, y las miradas se fijaron en mí. Ella me dió la mano con mucho cariño y empezó á hablarme con la misma confianza, con la misma franqueza y afecto que cuando era Eugenia y nos veíamos en su casa de la plazuela del Angel. Allí me pasó revista de toda su vida pasada, recordándome los bailes, las comidas, nuestras comedias de Carabanchel, y preguntándome por todos los amigos de Madrid. Así estuvo hasta que el emperador acabó de hablar con los diplomáticos y llegó á donde nosotros estábamos; entonces el introductor de embajadores hizo mi presentacion y Napoleon me recibió con mucha amabilidad. «Ya sé, me dijo, que es usted un antiguo amigo de la emperatriz.» «Sí, señor, le dije, conozco á S. M. desde que tenia cuatro años.» «Me ha hablado mucho de usted, replicó, y por ella sé que es usted una de las ilustraciones de su país.» «La emperatriz me honra demasiado, señor,» le dije. Me habló de España, de mis comedias, etc.,

diciéndome frases muy lisonjeras, y terminando la conversacion nos dirigimos al salon del baile. Aquella marcada distincion dió mucho que hablar á los diplomáticos; uno de ellos le dijo al encargado de España, que me lo contó luego: *Décidément, monsieur, vous allez faire des jaloux.* No se habla de otra cosa que de haberme dado la mano la emperatriz. A ella la encontré repuesta, gruesa y de buen color, y, como te digo, tan llana y tan amable como antes. En cuanto á él, la primera vista es tremenda: su fisonomía es fiera, su mirada penetrante; tiene unos ojos pequeños y azules que se clavan de un modo que asusta, que aterra, que hace bajar la vista; en su cara se descubre un no sé qué de energía, de dureza, hasta de ferocidad; á ese hombre no le derriban á dos tirones. Cuando me habló ya fué otra cosa; su voz es agradable y dulce, muy expresiva y afable; es grave y digno sin altanería: como te he dicho en otra carta, parece que ha sido rey toda su vida. A las doce se retiraron á sus habitaciones, y fuimos á despedirlos hasta la cámara; allí volvió él á hablar á todos, y ella se acercó otra

vez á mí y me dijo que dentro de unos dias me enviaria un convite para que fuera á comer á Saint-Cloud. Yo me quedé en el baile hasta que se acabó, que fué á las dos, paseando con Grimaldi. Entonces recorrí los salones, que son tan magníficos como los de nuestro palacio de Madrid; de españoles no ví más que á Narvaez. La concurrencia era numerosísima y brillante, mucho más vistosa que en los bailes de esa córte, por la variedad y riqueza de uniformes: te citaré, entre otros personajes, al embajador turco, que estaba cuajado de brillantes. Los gentiles hombres del emperador llevan casacas de grana bordadas de oro, con la llave sobre el faldon izquierdo; los jefes de la casa imperial, casacas color de café tambien bordadas de oro. El *buffet* estaba puesto como en Madrid, pero en un salon doble más largo, lo menos, y cubierto *de cuanto Dios crió* (como decia doña Irene). Por los cristales de los balcones se veia un jardin inmenso, iluminado de modo que no hay idea en Madrid: parecia que alumbraba el sol. Esto fué, como te digo, el lunes; el miércoles recibí el convite para ir á comer

el jueves, y la esquela decia al márgen: «De frac.» Precisamente aquel dia me trajo el sastre M. Santis, que es el mejor de aquí, un traje negro completo, que le habia mandado hacer, y llegó muy á tiempo, porque me sirvió para ir el miércoles á comer con el ministro, y el jueves á Saint-Cloud. Este dia fuí solo, de frac, pantalon y chaleco negros, corbata blanca, con una banda nueva que me he comprado, con todas mis placas, cruces y cencerros al pescuezo, mi llave con borlas de oro, en una magnífica berlina tirada por dos hermosos caballos, como puede llevarlos ahí Osuna, guiados por un cochero de gran librea, lo cual, desde la siete de la tarde hasta las doce de la noche, me costó quince francos, incluso la propina, ó sean cincuenta y siete reales. En tres cuartos de hora escasos me puso en Saint-Cloud: la cita era para las ocho. Subí la escalera pasando dos largas filas de lacayos, y al llegar arriba me esperaba un gentil-hombre, que me guió á la cámara, donde ya habia dos convidados: uno de ellos era un general viejo, con quien entré en conversacion y que me dijo habia estado en España con el ejército

francés el año 8, y luego otra vez el año 23, y se acordaba mucho de *Pampelune*, de *Sarragosse* y de la *Corogne*. Poco á poco fueron llegando los demás convidados, que fuimos unos veinte, entre hombres y señoras; de ellos solo conocí al duque de Riánsares, que iba con su hijo, un jóven marino, que se llama el duque de Tarancon. A las ocho en punto se presentaron los emperadores, y, despues de hablarnos un corto rato á todos, nos dirigimos al comedor. A mí, como á cada uno de los demás, me designó el gentil-hombre la señora que debia llevar del brazo; era una milanesa, llamada la condesa *Juba*; á lo menos él me dijo *Juba*, pero tal vez será otra cosa muy distinta, porque estos franceses se pintan solos para desfigurar todo nombre extranjero. Cargué, pues, con mi condesa *Juba*, y la llevé á la mesa. En su centro se sentaron el emperador y la emperatriz: ésta tenia á su lado á Riánsares y aquel á una princesa Clary, alemana. En el centro de enfrente estaba el gran mariscal de Palacio, á su lado la susodicha *Juba*, al lado de ésta yo; de modo, que me hallaba colocado frente á la emperatriz,

y como la mesa era larga y estrecha podia ella dirigirme la palabra, lo cual hacíamos muy á menudo, alternando en conversacion con Riánsares y conmigo. La comida duró una hora escasa. Terminada que fué, volvimos á dar el brazo á nuestras parejas y pasamos á un salon á tomar café. Allí entablé conversacion con Riánsares, con el cual estuve hablando la mayor parte de la noche, y te digo que es un hombre sumamente llano, amable y nada tonto. Despues del café se dijo que iba á haber un rato de música, y pasamos á otro salon donde habia sillas dispuestas y un piano que se iba á probar y que está construido por un nuevo método: no he podido averiguar cuál es; pero es lo cierto que suena mejor y más fuerte que los conocidos. Le tocó un profesor, que lo hizo admirablemente, y en seguida, á instancias de la emperatriz, salió á cantar una señora, que decian era un prodigio. Sacó un gentil-hombre de la mano á la señora, y al alzar yo los ojos ví que la dilettante era mi condesa *Juba*. Yo estaba ya preparándome para no reirme; pero, amiga, me llevé chasco: la *Juba* tenia una hermosísima

voz, y, lo que vale más, una perfecta escuela y un gusto esquisito. Cantó una romanza italiana y otra francesa, de lo que he oido poco. Acabada la música, volvimos al otro salon; la emperatriz y las señoras se sentaron, y el emperador siguió de pié hablando con nosotros: conmigo estuvo un rato, preguntándome de España, y tratamos de literatura, de política, de costumbres, etc. Luego me llamó la emperatriz, me acerqué á ella y estuvimos hablando hasta las once, hora en que se retiraron. Su conversacion volvió á girar sobre recuerdos de Madrid. *¡Ya vé usted, Vega, qué vida! ¡Oh! ¡Y eso que aquí, como estamos en el campo, no hay tanta etiqueta; pero en Tullerías!...* A las once, como te digo, nos marchamos, y á las doce menos cuarto estaba ya en París, y pocos minutos despues en la cama. Creo que no te fastidiará que te haya hecho una relacion tan minuciosa de mis convites: ahora vamos á otras cosas.

Por fin, veo por tu carta dónde ha ido á parar Ventura primo; así que concluya ésta iré á verlo, y te diré en postdata lo que hayamos hablado. Segun me dices, hace ya diez dias que está en

París, y yo no he podido dar con él; ni en la embajada de España ni en la policía me han dado razon; y te confieso que tengo una verdadera pena de no haberle visto. Le daré un abrazo con mucho placer; porque has de saber, Manuela mia, que, por más que te cuento mis bailes y mis comidas, la verdad es que en el fondo de mi corazon no estoy alegre, alegre nunca; algunos ratos, tristísimo, no me hallo sin vosotros: en medio de la mayor diversion siento acá dentro un gusanillo que me roe, que me lo amarga todo. Yo creí que al cabo de algun tiempo se me pasaria; no se me pasa, y cuando pienso que aún me faltan tres meses para verte, siento una pena tan grande que me echo á llorar. En este hotel vive Campos, y con él cómo casi todos los dias; probablemente á fines de esta semana nos iremos á Lóndres, donde tiene casa; tú sigue poniéndome las señas aquí, que de aquí me enviarán tus cartas y las recibiré el mismo dia. Ir de París á Lóndres es como ir de Madrid á Aranjuez; esto aquí no se llama viaje, sinó paseo. Se mete uno al anochecer en el camino de hierro y amanece en Lón-

dres; la travesía de mar es de hora y media. Ya he sabido lo del diluvio que me dices tuvisteis en Madrid, y que Manzanares salió de madre y lo cruzaron en botes; ¡cuándo se ha visto él en otra! Aquí tampoco hace calor y llueve algunos dias, pero no fuerte, y en general los dias son buenos y con sol. Me he enterado de lo que quieres que te compre para la casa nueva y ya lo ando buscando: veremos si te gusta. Hoy procuraré saber por Venturita donde he de ver á Garrigues y hablaré con él del asunto. Es tarde, voy á ver al primo; no quiero abultar más esta carta, pero mañana te volveré á escribir, pues me queda mucho que decirte: te hablaré de lo que me dices de tu viaje, de la venida de mi Ventura y de otras mil cosas, y le escribiré una cartita á éste y otra á Ricardo. Dáles por hoy mil besos á mis cuatro hijitos. ¡Ojalá pudiera yo dárselos! Memorias á todos y para tí el corazon de tu—VENTURA.

Lóndres, martes 14 de Junio.

¡Cuanto me entristece, Manuela mia, el no tenerte á mi lado! Estoy viendo tantas maravillas, y al acabar de ver una cosa siento un gran vacío en mi corazon al ver que tú no lo disfrutas conmigo. Es preciso que nos preparemos para que el año que viene vengas á ver esto. Dos dias llevo de estar aquí, y estoy asombrado: Lóndres es una cosa fabulosa; no puedes formarte idea de su grandeza; y ya que por ahora no lo ves, quiero irte enviando un diario de todo lo que yo veo, aunque en extracto, por no abultar las cartas, que te costarán caras, que á nuestra vista pasaremos muchos ratos, sentada la familia en corro, oyendo los prodigios que con más extension os contaré. El domingo hizo buen dia, nublado, pero de temple agradable: ese dia no se vé en Lóndres una tienda abierta, ni apenas gente por la calle, ni venden comestibles, ni amasan pan, ni siquiera sale el correo: nada, nada; los protestantes, que pretenden ser los verdaderos cristianos, y que á nosotros los católicos nos tie-

nen por idólatras, dedican el domingo á estar rezando en la iglesia y en casa; y el precepto de no trabajar le llevan hasta el extremo que te he dicho, de modo que es preciso proveerse el sábado de pan y de lo demás que se haya de comer. Campos y yo, acompañados de un inglés, amigo de la A., llamado Mr. D., hermano de un lord, salimos á ver algo: entramos en la abadía de Wertminster (nombre que ya conoces), á tiempo que estaban en los oficios: tanta gente habia, que no pudimos penetrar muy adentro; ¡pero qué templo! Me rio yo de nuestro Escorial en cuanto á grande, y de nuestra catedral de Búrgos en cuanto á bello. Allí están enterrados todos los reyes, y mezclados con ellos todos los grandes hombres de cualquiera carrera ó profesion; así es que ví el sepulcro de Milton el poeta, el de Driden el músico, el del actor trágico Garrick, etc., unos con su estátua, otros con su busto de mármol. ¡En cambio nosotros no sabemos donde están los huesos de Cervantes, ni los de Lope, ni los de nadie! ¡Qué pequeño se siente uno aquí, y qué bien se comprende el orgullo que tiene todo inglés! El rato que estuve en la iglesia oí sonar el órgano, única música que hay aquí en los templos, acompañando el canto de los salmos. Las gentes con mucha devocion, todas leyendo en su libro, sin alzar los ojos, ni mirar quien entra ni sale. De allí fuimos á recorrer algunas calles principales, y me asombraban los edificios, que todos son palacios como el de Madrid, y el que menos como el de Liria. M. D., como pertenece á la aristocracia, nos introdujo á ver varios casinos, que allí llaman *Club*, y es cosa portentosa ver cómo están amueblados: ¡qué comedores, qué bibliotecas, qué cuadros, qué estátuas! Cada corporacion tiene el suyo; los comerciantes, los lores, etc.; el más magnífico es el de los oficiales del ejército y de la marina: no te exagero; son salas como las del Palacio de nuestra reina. Pasamos luego por delante del palacio de Buckingan, donde está la reina, y fuimos por el parque de San James, que es como todo el Retiro, pero con aspecto menos artificial, pues hay bosques, praderas donde pastan corderos, un rio donde ves toda clase de aves acuáticas, y el terreno ha-

ciendo ondulaciones, y por allí nos dirigimos á la orilla del Támesis: es un rio más ancho que el Burdeos, que ya te acordarás de él; divide por medio á la ciudad, lo mismo que el Sena á París; tiene una infinidad de puentes, unos de piedra, otros de hierro, otros colgantes, que llegan solo hasta cierto sitio, pues de allí en adelante están anclados los buques, entre los cuales hay hasta navíos. Cruzan por el rio contínuamente unos pequeños vapores, que van recogiendo y dejando gente que se pasea por el rio: ¡estos vapores pasan de setecientos! Nos metimos en uno que nos llevó por todo el largo del rio, hasta el último puente, y pude gozar de la vista de los edificios que hay en aquella larga línea: entre ellos divisé la famosa *Torre de Lóndres*, *San Pablo* y otros de que te hablaré cuando los vea por dentro. Una de las veces que desembarcamos (porque variamos tres ó cuatro veces de vapor) entramos á ver el célebre *túnel*, ya sabes, el camino subterráneo que pasa por debajo del Támesis: pasé de una parte á otra con el asombro que puedes pensar, al imaginar que encima de mí estaba aquel

inmenso mar con millares de navíos. A las ocho y media volvimos á casa, comimos y ya no volvimos á salir, tanto porque estábamos cansados, cuanto porque, siendo domingo, nada habia que ver por la noche, pues ese dia no hay teatros. Ayer lunes amaneció lloviendo. La A. iba á cantar en un concierto á las dos: fuimos con ella en el coche á la casa donde era la funcion, que estará distante de la nuestra como una legua. Allí ví á la Paulina García, que tambien cantaba, y á su marido Viardot; ambos me preguntaron mucho por tí. Tambien cantó Gardoni: todos estos están ahora parados, porque el *teatro de la Reina*, donde venian á cantar, no llegó á abrirse por no tener fondos el empresario: el otro, que se llama de Covent-Garden, es el que funciona: en él están Mario, la Grisi y Ronconi, y esta noche voy á oirles el *Rigoletto*. El concierto constaba de veintitres piezas (aquí todos son así.) Pero lo que me dejó lelo fué la casa en que se daba: ¡qué salas cubiertas de seda con molduras de oro, qué galería de cuadros, qué jardin, qué muebles! Era un museo: allí habia antigüedades preciosas:

una mesa y un sofá que perteneció á Ana Bolena; un escritorio que tenia en su cuarto María Antonieta de Francia, y otras mil cosas admirables, y has de saber que no era casa de ningun personaje, sinó de un particular, que dicen aquí que no es muy rico, porque el pobrecito no tiene más que ciento cincuenta mil duros, ó sean tres millones de renta. El concierto, como puedes figurarte, duró hasta las siete, tiempo que yo convertí en ver la casa, y no me sobró. Vinimos á la nuestra, y despues de comer fuimos á ver la Galería de figuras de cera. Algo de esto ha habido en Madrid; pero ya comprenderás que no hay comparacion. La de aquí es sorprendente: allí están todos los personajes notables del mundo, y son retratos muy parecidos, á juzgar por los que yo conozco, pues la emperatriz de los franceses, Espartero y otros están hablando; todos vestidos con riquísimos trajes, con sus joyas, sus uniformes bordados. Hay una mujer desnuda en un lecho, y se la vé moverse el pecho y el estómago como si respirára. Hasta las once estuvimos, hora en que se cierra, y no vimos todas las salas, de

modo que hay que volver. Te he contado todo lo que he visto hasta este momento. Ahora llega el cartero con una carta tuya: es del 8 y su contenido me entristece, porque en ella te quejas de que no te he escrito desde el 26 del pasado; yo no sé como puede ser eso; no creo que he dejado pasar los doce dias que dices sin escribirte; y más pena me ha causado el que me digas qué pensarán los demás que os miro con indiferencia, lo cual quiere decir que eres tú quien lo piensa. ¡Válgame Dios, digo yo tambien, qué injusticia la tuya! Olona te dirá sinó me ha detenido ya dos ó tres veces que me ha visto casi resuelto á volverme á Madrid, porque no me hallaba sin estar á tu lado: ese Olona que decís, me ha visto más de una vez saltárseme las lágrimas acordándome de vosotros, y ha tenido que llevarme á que me distrajera, para consolarme, y eso en un Lóndres, donde es tan fácil olvidarse de todo y estar divertido; pero yo tengo la desgracia de que se me vea siempre al revés: será por culpa mia, no lo niego; pero es desgracia. Quede, pues, convenido que yo te escribiré cada se-

mana lo menos una vez, y que tú me escribirás siempre que recibas carta mia. Lo que me consuela únicamente de tu carta, es pensar que á estas horas ya debes haber recibido y contestado á más de una mia. Tambien me ha dado mucho placer lo que me dices de haber salido Ricardito con nota de *bueno*; mucho me temia que no fuera así, por las matemáticas; y quisiera que me explicaras como ha sido. Dále un abrazo muy apretado, y siete ú ocho besos de mi parte. Ahora vamos á salir á continuar viendo cosas: por la mañana concluiré esta carta y la echaré al correo.

Jueves 16.—No pude ayer escribirte, porque vino el inglés á las diez de la mañana á buscarnos para ir á ver la parada en el Palacio de la reina. Aunque á mí no me gusta gran cosa ver soldados, fuí porque no me quede nada que ver y por no dejar ir solo á Campos. Ya sabes que todos visten casaca encarnada, los de á pié y los de á caballo. Lo que me chocó fué ver que todos, sin que discrepe una línea, tienen igual estatura, así como la de don Cárlos Latorre. Desde allí fui-

mos á recorrer las calles principales: la mejor de Lóndres es la llamada *Regent street* (calle del Regente): no sé lo que tiene de largo, porque en cualquier punto que te pares no alcanzas á ver ninguno de sus dos extremos, á pesar de ser bastante recta: creo que tiene más de seis millas, es decir, más de dos leguas: se ven á un lado y otro tiendas de todo, tan magníficas, que quizá algunas más que las del *Boulevart*. Lo que no es aquí como en París son los *Restaurants* y los cafés: hay poquísimos y apenas frecuentados. Esto consiste en la diferencia de costumbres de un pueblo á otro: la vida en París es toda exterior; aquí toda interior, toda íntima: hay aquí más lazos de familia: cada casa está habitada por un solo inquilino ó dueño que la ocupa toda, y tiene cerrada la puerta de la calle: en el modo de llamar se conoce quien viene. Los criados y demás gente humilde dan un golpe, las visitas uno y repique, el amo de casa tres y el cartero dos. Por la noche todo está alumbrado de gas como en París: de trecho en trecho veia unos faroles de color; pregunté y me dijeron que era la señal

de que allí vivia un médico: si es médico-cirujano azul y encarnado: ya ves qué excelente costumbre. El gentío por las calles y la abundancia de coches no es mayor que en París. Pero volvamos atrás, para ir por órden de dias. El martes por la mañana suspendí esta carta y salimos de casa. Nos dirigimos primero á San Pablo, que es la catedral (por supuesto protestante). ¡Es un templo inmenso, y *todo de mármol*! Allí están tambien enterrados varios personajes en sepulcros magníficos, con sus estátuas. Desde San Pablo fuimos á ver la famosa *Torre de Lóndres*, que es una fortaleza muy grande rodeada de murallas, una cosa por el estilo de *Monjuich*, pero de aspecto más antiguo; los porteros están vestidos con dalmáticas bordadas y sombreros de plumas, al uso de Enrique VIII; uno de ellos nos guió á enseñarnos el edificio: consta de muchas salas donde hay, como en nuestra Armería, todas las figuras de los reyes y principales caudillos, á caballo y con sus armaduras, la misma que usaron: allí ví á Leycester, al conde de Essex, Roberto d'Evreux, á Boukingam, etc.; ví la

sala donde mataron á los *hijos de Eduardo*, la puerta por donde entraron los asesinos, y la ventana por donde los tiraron al pátio, una sala donde están las joyas de la corona. En esto invertimos toda la mañana. Por la noche no fuímos al teatro, porque no hicieron *Rigoletto*, sinó *Roberto el diablo*, por indisposicion de Mario, y en su lugar fuimos á acabar de ver la galería de figuras de cera. Ayer, como te he dicho, estuvimos en la parada, y despues fuimos á la embajada de España, donde estuve con Istúriz mucho tiempo, y luego con los demás de la Legacion. Por la noche tenia la A. concierto; pero C. no quiso ir (hizo muy bien) y nos fuimos á ver un establecimiento que se llama la *Politécnica:* allí se pasa la noche muy bien; hay una sala donde un profesor explica química, pero no teóricamente, sinó haciendo experimentos, como si fueran juegos, de modo que es al mismo tiempo divertido é instructivo: luego se pasa á otra sala, que es como un teatro, donde se enseñan *cuadros disolventes* (algo mejores que los que vimos en Madrid); anoche mostraron el curso del Támesis, en

varias vistas, desde su órigen hasta Lóndres. Vinimos á casa á las once, y poco despues llegó la A., muy contenta porque la habian aplaudido mucho. Ahora, que son las once de la mañana, voy á almorzar; si á la hora ordinaria no recibo hoy carta tuya cerraré esta y la echaré al correo. Adios, vida mia. Háblame siempre de mis hijos y dáles muchos besos. Memorias á los Pepes, á Mariquita Soler y á los demás amigos. Díme de Adelaida Latorre y da memorias á Joaquin y á don Andrés. Ni Corral ni Barbieri me han contestado. Ya ha venido el cartero; trae carta para C. y nada para mí; ya estoy impaciente por saber de tí. Adios, recibe un beso de tú—VENTURA.

Da memorias á Zea si va por casa.

Lóndres, lunes 20 de Junio.

Esta mañana, Manuela mia, así que recibí tu carta, cerré la mia y la eché al correo, reservándome contestarte largamente. Ahora empiezo á hacerlo. Si á lo que te escribí de París lo llamas *Memorias*, con más razon lo podrás llamar á mis

cartas de Lóndres, en que te doy noticia de cosas más notables; y pues veo que esto te gusta, seguiré con mi diario, refiriéndote minuciosamente cuanto vea y observe. Cuando salí esta mañana me llevé en el bolsillo tu carta y las de mis hijos, y á estas horas ya las he leido y releido no sé cuántas veces, y cada vez con más placer. ¿Con que tan buen rato han tenido A. y M. con lo que digo de Ventura? ¡Pobres padres! ¡Separados de su hijo único!... ¡Si vieras cuánta pena me dan! No sé cómo han tenido resolucion para ello. Asegúrales que en cuanto yo vuelva á París, que será ya dentro de pocos dias, iré muy á menudo á verlo, y todos los domingos lo sacaré y lo llevaré á que se divierta desde por la mañana hasta por la noche. Entonces veré tambien á M. Chambon, y con él arreglaré el enviarte las cositas para la casa nueva. ¿Con que ya á estas horas la estarás habitando? ¿Sabes una cosa?... (Está visto que soy muy ñoño.) ¿Querrás creer que me dá tristeza pensar que no he de volver á ver mi casa de la calle del Prado?... No lo puedo remediar: le tomo cariño á todo lo que me rodea. En fin, cuén-

tame cómo os habeis distribuido, y si al ocuparla *prácticamente* hallas que corresponde á lo que prometia, ó si descubre algun lunar. Si yo pudiera llevarte para que la alhajases lo que aquí hay en ese género, como espejos dobles del que habia en la sala por treinta duros; alfombras riquísimas á veinticinco reales la vara; una mesa dorada de preciosa talla por diez y ocho duros, que la tengo aquí en mi cuarto, y todos los cachibaches de una casa, como bajillas, máquinas para asar, mantelerías adamascadas con las armas y el nombre del dueño, y tantas y tantas cosas tras las cuales se me van los ojos acordándome de tí, ¡y todo tan barato! Pero los portes, las aduanas, la exposicion de romperse, son cosas que asustan. Yo, sin embargo, he de intentar llevar algo: veremos cómo se puede hacer. Díme cuántas varas hay desde el testero de un gabinete al testero del otro y cuántas tiene de ancho. Díme tambien cuánto es el ancho que tiene el hueco entre los dos balcones de la sala, ó por mejor decir, cuánto debe tener de ancho la mesa que se haya de colocar allí: todo esto, por si acaso. Te

dije que íbamos esta mañana á ver un sitio real; pero despues supimos que mañana hay una gran revista de diez mil hombres cerca de Lóndres (¡á catorce leguas!), que vá á pasarla la reina á caballo, y hemos empleado la mañana en ir al camino de hierro á reservarnos asientos para ir y á disponer que nos lleven allá el coche en un wagon. Saldremos de aquí á las siete de la mañana porque la reina vá á las diez. Por esta razon me voy ahora á dormir, y mañana por la noche, vida mia, te contaré todo lo que haya visto. Adios.

Martes 21.—Son las diez de la noche y ahora acabo de comer, porque he vuelto de la revista á las ocho y media, rendido del agetreo del dia; pero yo descanso escribiéndote, y te lo voy á contar todo. Era tal el gentío que se habia agolpado al camino de hierro, desde las seis de la mañana, que tomaban los trenes por asalto, y aunque salia uno cada cuarto de hora, no pudimos lograr meternos en un coche hasta las nueve. En tres cuartos de hora nos pusieron en la estacion de *Chertsey*, pueblo que dista de Lóndres unas doce leguas: en cuanto nos apeamos, vimos allí nues-

tra carretela esperándonos, que la habian llevado en el tren de carruajes y caballos que salió á las cuatro de la mañana. Nos metimos en ella y nos dirigimos al campo militar, que estaba á seis millas de allí (dos leguas). La mañana estaba hermosa, nublada, sin calor, frio ni polvo. En *Chertsey* habia infinidad de coches de alquiler de todos tamaños, figuras y *edades*, ómnibus, carros y cuanto género de vehículo existe para conducir gente, todo á precios exhorbitantes. Todo se ocupó en un momento, y toda aquella inmensa caravana se puso en movimiento hácia el campo, con innumerable gente á pié que no pudo ó no quiso tomar carruaje y se anduvo las dos leguas, entre ella muchísimas señoras elegantemente vestidas. Apenas echó á andar la carretela sacamos una caja de provisiones que habíamos colocado en ella y nos pusimos á almorzar, pues aunque yo antes de salir de casa habia tomado chocolate, ya tenia hambre. ¡Con qué envidia nos miraban los pobres de á pié en nuestra gran carretela abierta, tirada por dos hermosos caballos, y almorzando jamon, rosbeef, polla asada, burdeos!

En la carretela íbamos Campos, Sorela y yo, y á las diez y media llegamos al campamento. Vimos á la entrada una infinidad de tiendas de campaña, donde se habian establecido fondas y cafés, por el estilo de la pradera de San Isidro en el dia del Santo Patron, pero tan en mayor escala como lo está Lóndres de Madrid. Más allá, en una campiña hermosísima toda entapizada de verdura, se veian grupos de tiendas de campaña que ocupaban las diversas divisiones del ejército, y aquel extendido campo lleno de todos los habitantes de Lóndres, á pié, á caballo, en coche. Decirte el número de ellos seria imposible: aquello parecia el ejército de Xerges. ¡Cuántas señoras en coches abiertos! ¡Cuántas otras á caballo!... Y aquí de mí V... ¡Cuántos niños en sus jaquitas! Uno me chocó que no seria mayor que Alejandrito Mata, ni la jaca que montaba mayor que un perro grande. Aquí, como en Buenos-Aires, los hacen montar desde muy chiquitos. Con toda aquella multitud de almas, carruajes y animales, no hubo en todo el dia una desgracia. A cada paso encontrabas un *policeman* (agente de policía), que po-

nia órden y daba direccion á los coches, es decir, no obligándoles á seguir una fila, pues eran dueños de ir por donde quisieran, sinó evitando que se atropellasen. Este cuerpo de *policeman* es la única fuerza que hay en Lóndres para mantener el órden, pues los soldados para nada intervienen ni se les vé nunca por la ciudad. Son muchísimos miles: visten pantalon azul, frac del mismo color, cerrado por delante con el cuello derecho, y en él bordado de blanco un número: sombrero como el nuestro, solo que la tapa de arriba es de suela, y por dentro está todo forrado de hierro, de modo que aunque en la apariencia es un sombrero como otro cualquiera, es un verdadero casco que les defiende la cabeza. No llevan sable ni arma ninguna; pero cuando es preciso sacan del bolsillo de atrás del frac un palo de media vara de largo en forma de cetro que tiene una bola de hierro en la punta, y es arma mortal. No se dá caso que usen de ella jamás: es tal el respeto que hay aquí á la ley, que á la voz de un *policeman* nadie replica y obedece como un cordero, y esto desde el primer lord hasta el último infeliz: son

muy atentos; están en la calle parados de trecho en trecho, y te dan las señas si les preguntas, y aun te acompañan si eres forastero y no encuentras tu casa. Y ahora que hablamos de policía, te diré que aquí no hay pasaportes, ni padrones, ni registro á las puertas, ni ninguna de las pejigueras que en los demás paises. Desembarcas en un puerto de Inglaterra y nadie te pide pasaporte: sólo allí te registran (muy ligeramente) el equipaje, y ya puedes viajar por toda Inglaterra, Escocia é Irlanda sin que nadie te pregunte nada, y marcharte cuando quieras lo mismo, y mudar setenta veces de casa y hacer lo que te se antoje. Y sin embargo, hay tanto órden y no se escapa un criminal; ¿qué será esto? Volviendo al campamento, te diré que estaba lleno de *policeman*, unos á pié y otros á caballo, para cuidar del órden. El ejército estaba ya formado: son unos soldados hermosísimos, todos de igual talla, que parecen hechos expresamente, y ninguno más bajo que don Juan Latorre. Lo que más me llamó la atencion fué la tropa escocesa: visten como los que has visto pintados, casaca encarnada, y un

faldellin muy plegado que les llega cuatro dedos más arriba de la rodilla, dejando ver las piernas desnudas: zapato, y un medio botin que no pasa de la mitad de la pantorrilla: los oficiales van lo mismo. A las once rompieron todas las músicas tocando el *God save the queen (Dios salve á la reina)*, que es el himno nacional, y era que llegaba la reina al campamento. Nosotros, como teníamos una papeleta de la embajada para penetrar en lo interior del campo, nos colocamos muy bien y la vimos pasar de cerca. Precedia un piquete de coraceros de la guardia real, luego varios generales haciendo de batidores, y á cierta distancia la reina: iba á caballo, con traje de amazona, es decir, traje de montar negro, la placa de la órden de la Jarretiera, en el hombro derecho cordones de oro, que es aquí la insignia de capitan general, y un sombrero hongo negro con un plumerito encarnado y blanco: es de muy pequeña estatura, cara afilada y viva, nariz aguileña, y en ella y en las mejillas tiene algo de fuego, como tú. A su derecha iba el príncipe Alberto, con el uniforme encarnado del ejército inglés; á su izquierda el rey

de Hannover, vestido de húsar, y al lado de éste el duque de Cambridge, ámbos primos hermanos de ella. Detrás una multitud de generales y oficiales, rodeando una carretela donde iban la reina de Hannover y la duquesa de Kent, madre de la reina Victoria, y detrás otra multitud de gente principal, á caballo y en coche, hombres y señoras. Despues que recorrió toda la línea, muy victoreada por el pueblo, que la gritaba al pasar, agitando los sombreros y con mucho entusiasmo *¡hurra! ¡hurra! ¡hurra!* grito que se repite tres veces y que equivale á nuestro *¡viva!* se apeó del caballo, delante de una tienda que la tenian preparada, y allí se sentó en una silla á presenciar el simulacro. Nosotros nos colocamos detrás, en una altura, puestos de pié en la carretela, y lo vimos todo perfectamente. El ejército se dividió en dos partes, una ocupando unos cerros con la artillería y otra que figuraba ser el ejército enemigo, y empezó á maniobrar para tomar las alturas. Empezó el tiroteo de las guerrillas; luego avanzaron los batallones escoceses, y se rompió por una y otra parte un gran fuego de cañon y fusilería; el rui-

do atronaba aquel campo, cubierto de nubes de humo, hasta que los escoceses subieron corriendo á paso de carga por la montaña arriba al son de sus cornetas y coronaron la posicion. Concluida la batalla, todo el ejército desfiló por delante de la reina y volvió á sus tiendas. La reina, con su comitiva, se retiró, y nosotros nos volvimos al pueblo de *Chertsey* á tomar el camino de hierro. A las tres llegamos, y era tal el gentío que se abalanzaba á los trenes, y eso que salia uno cada diez minutos, que nos fué imposible hallar cabida. Lo que hicimos fué quedarnos en la carretela y dejar que nos metieran con ella en el tren que llevaba los carruajes, que salió á las siete y media, cuando todavía quedaba allí un diluvio de gente; yo creo que han de estar saliendo trenes toda la noche. Llegamos á Lóndres poco despues de las ocho; sacaron la carretela del tren, la engancharon los caballos y nos trajo á casa sin que nos hubiéramos movido de ella desde el campamento; ya ves qué comodidad. Aquí tienes mi jornada de hoy. Cuando volvíamos llovió un rato; pero yo me puse mi *waterproof* y no me mojé

Tú dirás, ¿y qué es un *waterproof*? Es un gaban de una tela impermeable que he comprado aquí; ya verás qué bonito. *Water* significa *agua*; *proof* (que se pronuncia *pruf*) significa *prueba*; con que se llama *prueba de agua*. Ya te he enseñado algo de inglés. Adios, que me voy á acostar; mañana seguiré esta carta.

Miércoles 22.—Esta noche vamos por primera vez al teatro, no al de la Opera, en el cual no hacen más que *Roberto el diablo*, *Los Hugonotes* y todas esas de música tan profunda y tan sábia que me hace dormir, sinó al teatro dramático inglés, donde representan hoy la tragedia de Shakspeare titulada *Macbeth*; veremos qué cosa son los ingleses en la tragedia, y cuando vuelva esta noche á casa te lo contaré.

En cuanto á lo que me dices de tu proyecto de viaje, tú, tomando en cuenta las razones que me dás, dispon y resuelve lo que te parezca, sea enviar á V. conmigo, sea que vaya P. con él y Manolito, sea que vayas tú con los cuatro; lo que tú determines y hagas, vida mia, me parecerá siempre lo mejor: tal es la fé que tengo en tu

talento y en tu buen juicio para todo. Por lo que me dices de P., veo que no puedo darte opinion ninguna hasta saber si á él le son necesarios tambien los baños; este es el dato de que hay que partir, pues si Corral, dice que los necesita, ya no hay que andar discurriendo, sinó que tú te vayas con todos ellos, pues lo primero en esta cuestion es la salud de los niños. Si Corral te dice que no le hacen falta, entonces puedes echarte á calcular qué será lo mejor de los tres proyectos que me indicas, y poner en planta lo que te parezca más acertado; pero nada podemos decidir hasta que me digas lo que hay respecto á P. De todos modos, la estacion aún no está adelantada y hay tiempo de pensarlo. Dices que ahí siguen los frios: tampoco aquí hace calor; pero no mal tiempo; algunos dias llueve un poco, pero el temple es muy apacible, como á mí me gusta: ni calor ni frio. ¡Y si vieras qué largos son aquí los dias! ¿Querrás creer que no anochece hasta más de las nueve y media y que es de dia antes de las tres de la mañana? Apenas hay cinco horas de noche. A ver si R. y V. averiguan cuál es la razon *geo-*

gráfico-astronómica de que en Lóndres sean más largos los dias que en Madrid.

Cuéntame del Circo: ¿conque la mágia hizo fiesco y duró pocos dias? Díme si han hecho despues algo nuevo. Ya sé por Olona que la compañía no vá á Barcelona como proyectaba; en ese caso quizá vengan pronto á París Salas y Gaztambide; al menos, ellos así lo decian. Dáles mis señas para que me busquen cuando lleguen. Tambien Barbieri decia que vendria; pero lo dudo.

Hoy he recibido carta de Breton, contestando á una que le escribí. Me dice que Florentino Sanz ha renunciado la plaza que tenia en la junta, y que en su lugar han nombrado á Ceferino Suarez Bravo; me alegro de lo segundo y no me puedo explicar lo primero.

Jueves 23.—Anoche, Manuela mia, fuimos, como te he dicho, al teatro inglés y ví hacer el *Macbeth*. Has de saber que me gustó extraordinariamente la representacion. Como yo conozco mucho la tragedia, aunque no entendia las palabras bien, comprendia el sentido y podia juzgar del mérito de los actores. El principal es un tal

Cárlos Kean (se pronuncia *Kin*), hijo del célebre *Kean* que habrás oido celebrar; es un trágico excelente, y mejor, para mi gusto, su mujer; pero lo que más me agradó fué la manera de estar puesta en escena la obra, el lujo de los trajes y decoraciones, y sobre todo, los comparsas, que toman parte en la accion como si fueran actores. Te digo que lo que es la tragedia se hace aquí (exceptuando á Rachel) muchísimo mejor que en París. Te daré una prueba diciéndote que C., que no entiende una palabra sola de inglés, ni sabe quién es Shakspeare, ni Macbeth, estuvo sin pestañear, interesado, haciendo mil exclamaciones y comprendiendo el argumento. Representan sin apuntador: no hay agujero ni concha, como en el teatro de casa; así tienen que saber muy bien el papel, y la ilusion del espectador es completa. El teatro no es muy grande, algo mayor que el del Príncipe, y adornado con un gusto esquisito; la disposicion de los asientos como en los teatros de París; los palcos más grandes; el que nosotros ocupábamos costó dos guineas (diez duros). En la Opera cuesta un palco cinco guineas (veinti-

cinco duros). El teatro donde estuvimos anoche se llama *Princés-teatro* (*teatro del Príncipe*). Hoy ha habido besamanos en Palacio; yo no he ido, porque no traje de París mi uniforme, y ahora lo siento, pues hubiera visto la córte. Como no pensaba estar aquí más que ocho ó diez dias, solo traje la maletilla con lo más preciso, y el baul se lo dejé á Olona. Hemos ido por la calle que conduce á *Buckingham-palace* (palacio de Buckingham), que es el que habita la reina, y hemos visto pasar los trenes de gala, que los hay magníficos: cocheros y lacayos con pelucas blancas. Luego hemos ido á ver un almacen ó galería donde se vende todo lo que hay en el mundo. Ocupa una manzana entera y se divide en una infinidad de salas y galerías, altas y bajas, todas las cuales he recorrido; hay salones donde se venden cuadros; otros donde hay carruajes; otros de objetos de tocador; otros de libros y estampas; otros de quincallería, etc., etc.; hay un departamento donde se hallan pájaros raros; otro de plantas, árboles frutales y flores; en fin, allí hay de todo. Yo no he comprado más que un pequeño recuer-

dito para la P. Despues de comer hemos ido por segunda vez á la *Politécnica*, de que ya te he hablado. Hoy he visto una cosa curiosa, que es bajar un hombre al fondo del agua con un aparato que se ha inventado. Se pone primero un vestido de lana muy grueso, para que no le penetre la humedad; luego otro encima de una tela muy fuerte impermeable, y se cubre la cabeza con una especie de casco de hierro bruñido que le baja hasta el pecho; este casco tiene delante de los ojos una como vidriera, por donde se vé, y otras dos á los lados; y como el casco descansa sobre los hombros, puede girar la cabeza dentro de él y mirar á todos lados. Por detrás del casco hay un agujero con una manga impermeable de muchas varas de largo, cuyo extremo superior queda fuera del agua, y por allí entra el aire para que respire. Atado el hombre á una cuerda muy fuerte, bajó á un estanque de agua bastante profundo que hay en el centro de un salon del establecimiento, y estuvo andando por el fondo más de un cuarto de hora. Por este medio han bajado, poco há, al mar, en el punto en que se fué á pique el

navío inglés *Real Jorge*, y han sacado cañones y otros objetos despues de cincuenta años que llevaban de estar en el fondo. A las ocho y media salimos de la *Politécnica* y nos fuimos á un jardin que hay del otro lado del Támesis, donde todas las noches se da funcion de fuegos artificiales. ¿Puedes tú comprender que á mi edad me haya estado con la boca abierta viendo castillos de pólvora? Pues te digo que he salido de allí asombrado. Es un extenso jardin que tiene á un lado un anfiteatro cubierto donde hay una orquesta que toca admirablemente, y enfrente un lago mayor que el del Retiro. El lago está cercado en la orilla de enfrente por una especie de decoracion que figura montañas con un puerto y muchos barcos; al principio está todo aquello oscuro para que luzcan los fuegos, que son en el mismo lago. Así que terminó la orquesta salió de entre las montañas un barco con sus velas, se paró al llegar al centro del lago y empezó á arrojar cohetes hasta convertirse en un castillo de fuego, con los caprichos más bonitos que te puedes figurar: ya era un abanico, ya un ramillete, ya una fuen-

te, variando á cada paso de colores. Así que concluia tocaba la orquesta, y luego salia otro barco que presentaba otros caprichos de fuego diferentes. Habia unos cohetes que culebreaban sobre la superficie del lago, se metian dentro del agua, salian más allá, volvian á sumergirse, volvian á salir... yo no sé qué clase de mixto tendrán para no apagarse en el agua. Despues de esto se iluminó de repente el lago y se vió la decoracion de montañas que te he dicho, que era una vista preciosa. Luegó volvió á oscurecerse y salieron por un lado y otro multitud de góndolas venecianas llenas de faroles de colores, y así que entre todas casi cubrian el lago, cada una se convirtió en un castillo de pólvora con diversos fuegos. Volvió á sonar la orquesta, y por último, se iluminó de nuevo la decoracion del fondo, salieron varios buques y empezaron á arrojar bombas sobre el puerto y éste á contestar imitando el fuego de artillería; en esto los buques figuraban que se les incendiaba la Santa Bárbara y volaban con gran estruendo, ardiendo todos y dejando el lago sembrado de despojos. Y yo, mientras duraba todo

esto, acordándome de vosotros. ¡Cuánto os hubiera gustado verlo! Te aseguro, Manuela mia, que esta ligera pintura que te hago no te da idea de lo precioso del espectácuto que he visto esta noche. A las diez se acabó, y me he venido á casa á contártelo.

Viernes 24.—Acabo de almorzar y voy á cerrar esta carta para echarla al correo. Hoy todavía no hemos formado plan de lo que iremos á ver. Acaban de decirme que Bermudez de Castro ha hecho dimision del ministerio de Hacienda y que se habla de *Luis Pastor* para reemplazarlo. Díme si es cierto.

Adios: recibe un abrazo de tu—VENTURA.

Lóndres, sábado 25 *de Junio de* 1853.

Ayer, Manuela mia, despues de echar la carta al correo, fuí á la embajada, y allí supe que por un parte telegráfico habia llegado la noticia de ser Pastor ministro de Hacienda. Y díme, ¿no podia Luis arreglarnos aquel castillo de Corbalan? Yo pienso escribirle, nada más que dándole la enhorabuena. De todos modos, la verdad es que

me alegro de su fortuna. Ayer, despues de comer, quise volver al teatro inglés, donde hacian una tragedia de Lord Byron, titulada *Sardanápalo*. Pero llegué y no habia billetes. Entonces me fuí al club á buscar á Sorela, y con él fuí al Parlamento á verlo otra vez. Estuvimos un rato viendo la sesion de Lores y otro la de los Comunes, y desde allí nos marchamos á las nueve á casa de Comin, secretario de la embajada, que se llama Juan y era su santo: hasta aquel momento no supe yo que ayer era San Juan. Desde el Parlamento á casa de Comin, yendo á pié, echamos hora y cuarto. ¿Qué te parece de las distancias de Lóndres? Y eso que anduvimos se llama aquí cerca. La línea que atraviesa la ciudad de un punto al opuesto tiene doce millas que son cuatro leguas nuestras. En casa de Comin estuve hasta las doce, charlando y tomando té, y me vine á casa solo y sin perderme, porque ya empiezo á saber andar por aquí, con tal de no salir de este barrio en que vivo. Por mi cuenta hoy ó mañana debo recibir respuesta tuya á mi primera carta de Lóndres. Sentiré que no llegué hoy, porque si se recibe mañana, que

es domingo, no me la traerán hasta el lunes.

Domigo 26.—Pasó el sábado sin que me trajesen carta: veremos si mañana tengo el placer de recibirla. Ayer anduvimos corriendo tiendas, porque Campos queria hacer varias compras; entre otras cosas compró un necesér magnífico; todos los frascos y vasos para cepillos, jabon, etc., son de cristal tallado con cubiertas de plata cincelada, en que pondrán su cifra; los mangos de los cepillos y demás instrumentos son de nácar; le ha costado setenta libras esterlinas, que son cerca de siete mil reales; los habia en la tienda hasta de mil duros. En esto pasamos la mañana. Despues de comer tratamos de ir al teatro inglés á ver el *Sardanápalo*; pero tampoco habia ya billetes; será preciso tomarlos por la mañana temprano. Fuimos entonces, con la A. á casa de una señora, cuyo marido es maestro de música, donde iban á reunirse varios artistas á ensayar las piezas que cantan en un concierto que tienen mañana, cuyo programa te lo tengo guardado para que veas las dimensiones que tienen aquí estos espectáculos. Uno de los que cantaban, que

era italiano, empezó á hablarnos de España con mucho entusiasmo, diciéndonos que Madrid le gustaba mucho y que era uno de los recuerdos más agradables de sus primeros años. ¿En qué tiempo, le pregunté yo, estuvo usted en Madrid? ¡Oh! me dijo, hace mucho tiempo; yo estuve allá desde el año 22 hasta el 25. Mi padre era uno de los emigrados italianos que por aquella época se refugiaron en España, y yo entré á servir de cadetito en un regimiento español. Pues en ese tiempo, le dije, yo tambien estaba en Madrid. Conoce usted, me preguntó, á un jóven que se llama Laplana? Mucho, le dije; es amigo mio, y en esa época que usted me cita andábamos siempre juntos. Pues yo, añadió, iba siempre con él á jugar al Retiro, allá á una cueva que habia junto al Observatorio. Y yo tambien, le dije. Pues entonces, replicó, ¿deberia usted conocer á Ortiz y á Escosura, que iban allí á jugar, y á otro muchacho que se llamaba Vega... Campos y los demás soltaron la risa, y yo me levanté y dí un abrazo á mi antiguo compañero de travesuras, en quien reconocí perfectamente á un chico llamado Bistéghi, que se distinguia entre todos nosotros por ser el único que iba vestido con su uniformito de cadete. El me dió tambien una porcion de abrazos, me miró con atencion, y reconoció en mí á su antiguo camarada del año 23, sin más que quitarme los pelos de la cara y ponérmelos en la cabeza. Te aseguro que tuve un rato de gran placer, y que aquel encuentro me rejuveneció. Toda la noche la pasamos hablando de aquel tiempo, recordando cuando íbamos á la Fontana de Oro á oir hablar á los oradores, otras veces á cantarle el trágala á algun servilon, y despues la rábia con que vimos entrar á los franceses el 23 de Mayo, y la pena que tuvimos cuando ahorcaron á Riego. El me recordó cuando entrábamos en el café y reuníamos los cuartos que llevábamos entre todos á ver si alcanzaban para refrescar. En fin, de todo se acordaba; y en estos coloquios nos dieron las doce de la noche, y nos separamos, quedando en vernos y comer juntos el lunes. ¡Mira qué encuentro tan raro despues de treinta años! Hoy por la mañana dispusimos ir á *Greenwich*, que es un pueblo

distante cinco millas de aquí (legua y tres cuartos), donde está el famoso hospital de los inválidos de la marina. Echamos á andar en el coche, y ántes de salir de Lóndres pasamos por delante de la iglesia católica que sirve de catedral; nos apeamos y entramos á verla. Te aseguro que aún estoy conmovido de lo que allí ví. Estos ingleses tan ilustrados, tan grandes, con instituciones tan liberales, son intolerantísimos en punto á religion, y la poblacion católica es aquí casi una raza proscrita. El culto protestante está sostenido con lujo por el Estado; sus curas viven en la abundancia, y las iglesias católicas no se sostienen más que de la limosna de los fieles, y como éstos son casi en su totalidad la gente más pobre, los templos lo son tambien. La catedral tiene menos lujo que la iglesia del pueblo más pobre de España. Cuando entramos Campos, Sorela y yo, estaban bautizando á una porcion de niños, pero ¡qué pobrecitos todos! Habia muchos bancos llenos de niños, que van todos los domingos á que el cura desde un púlpito les explique la doctrina cristiana, tambien pobres todos, algunos de ellos descalzos de pié y pierna. El resto de la iglesia lleno de gente, todos de rodillas, todos con una devocion, con una fé verdadera. Y los curas ¡qué aire tan patriarcal, tan evangélico! Al ver esto, al ver por primera vez desde que estoy en Lóndres los altares, el crucifijo, la imágen de la Vírgen, los ornamentos católicos, todos los atributos, en fin, de la religion en que he nacido, te digo que me sentí conmovido y que me salieron las lágrimas á los ojos. Los tres nos dirigimos al cura y le dimos cada uno una libra esterlina (cinco duros) para que lo repartiera entre las más pobres de las madres que estaban allí haciendo bautizar á sus hijos. El pobre cura, que era un viejecito, no sabia como agradecernos aquella limosna, y nos llevó á ver la sacristía, donde nos enseñó las *alhajas*, que estaban guardadas en un armario y consistian en dos candeleros de plata y algunas otras frioleras así. Figúrate qué han de tener cuando no viven sinó de las limosnas de los fieles, y ya te he explicado quiénes son éstos; pobres jornaleros y artesanos que se lo quitan del sustento (y su sustento son

patatas) para sostener su iglesia. Te aseguro que aquí es donde se ven los verdaderos católicos y aquí donde siente uno verdadera devocion. Seguimos nuestro paseo á Grenwich, y vimos el hospital, que es un suntuoso palacio, donde están recogidos los marinos retirados del servicio por su edad. Tiene cada uno su cuarto con su cama de hierro y sus muebles; hay jardines, una galería de cuadros que representan los combates navales más célebres y los retratos de los almirantes; allí está, entre cristales, la casaca que Nelson tenia puesta en el combate de Trafalgar, con el agujero hecho por la bala española que lo mató. Despues de visto todo, nos volvimos á Lóndres á comer, y esta noche, como no hay dónde ir, la hemos pasado en casa, haciendo rodar un sombrero y luego una mesa por medio del magnetismo que se les comunica poniendo encima las manos. ¿No ha llegado á Madrid la noticia de este fenómeno? Adios, vida mia, me voy á acostar con la esperanza de recibir cuando me levante carta tuya.

Lunes 27.—Se cumplió mi esperanza, Manuela mia: he recibido hoy la tuya del 20 con el placer, ante todas cosas, de saber que estais todos buenos y ya instalados en la nueva casa. ¿Con que dices que ahora te parece aún mejor que ántes? No sabes cuánto me alegro, porque yo estaba temiendo que despues de mudados la hallárais alguna maca, cuando ya no tenia fácil remedio. ¿Y qué tal la obra hecha en la alcoba principal para colocar mi cama? ¿Y el comedor? ¿Qué parece despues de estar allí la mesa y demás muebles? ¿Dónde se han aposentado por fin los dos señoritos?... Pero no; tienes razon, no me digas nada, que quiero reservarme esta agradable sorpresa para cuando vuelva: no contestes, pues, á mis preguntas. Tambien yo callaré las cositas que os he de llevar, y así os sorprenderé enseñándooslas una por una, muy despacio, y haciéndolas desear, como sabes que me gusta. ¡Qué atareada habrás estado, vida mia; pero al mismo tiempo qué en tus glorias dirigiendo la mudanza, colocando trastos!... ¿Y mis pobres libros? ¡Dios me los haya conservado! Te quejabas de que tengo muchos... Si hubieras estado hoy

conmigo en el *Museo Británico*, que aún no habia ido á visitar, y hubieras visto allí una biblioteca que ocupa no sé si doce ó catorce salones, cada uno como el de los bailes de Oriente, donde hay *un millon y seiscientos mil libros!!!* Otro departamento es un gabinete de historia natural; otro de antigüedades, donde hay esculturas, desenterradas en Babilonia y Nínive, del tiempo del Antiguo Testamento. Todo esto se halla reunido en un gran palacio de piedra, que asusta por sus dimensiones. En ver esta curiosidad he empleado hoy la mañana. He comido con mi antiguo camarada Bistégui, y por la noche hemos ido á ver el *Box* que es una sala grande rodeada de escaños para los expectadores, y en medio un tablado cuadrado con barandilla, donde suben dos ingleses á *boxear*, esto es, á pelearse á puñetazos, que es la manera de batirse aquí el pueblo bajo; pero en esta sala lo hacen llevando en las manos unos guantes de ante enormes muy rellenos de lana, de modo que no pueden hacerse daño y se vé la habilidad; es una especie de sala de esgrima; sin embargo, se ponen la cara como un tomate. Es una barbaridad; pero he querido ir para que no me quede nada que ver.

Martes 28.—Acabo de tener un alegron muy inesperado, Manuela mia, recibiendo hoy otra carta tuya del 22, con la que me incluyes de San Luis. El no sabia al escribírmela que yo estaba en Lóndres y me hace encargos que no podré cumplir hasta que vuelva á París. Mañana le contestaré. No dudo que R. contestaría bien en su exámen; pero tambien creo que Corral tendria preparado el campo en su favor, porque sé que es muy amigo de los examinadores, y que todos le tienen mucho respeto y deferencia. Lo mismo sucederá con V., que ha debido, segun me dices, haberse examinado anteayer. Si hubiera telégrafo eléctrico entre Madrid y Lóndres, ya sabria yo á estas horas cómo habia salido. Ayer por la mañana llegó á París la duquesa de Alba: á los diez minutos se sabia aquí, y á la media hora corria la noticia impresa en los periódicos.

No me detendré cuando vuelva, en ninguna posada, Manuela mia, sinó al contrario, desearé

volar y verme cuanto antes en mi casa, contigo y con mis hijos, que es lo que más quiero en este mundo y lo que me gusta más que Lóndres y que París: cada dia os echo más de ménos y es mucho el desconsuelo que me causa este aislamiento en que estoy. Quedo enterado de lo que me dices de los candelabros para las *tres* rinconeras, y de lo del velador para mi despacho: ya te diré cómo ha de ser éste. Los nombres acabados en *of* y en *graf* que leíais al trasluz, son nombres de pintores antiguos que vienen en una lista que me envia San Luis de cuadros que hay de venta en una galería de París, de los cuales quiere que Grimaldi le compre algunos. En su carta me pide que le dé noticias políticas de por acá y me cuenta la modificacion ministerial, con reflexiones que me hace sobre lo poco duradero que cree sea el actual ministerio. Si esto es así, como lo creo, veremos si Pastor hace algo por nosotros antes de dejar el puesto. Dále muchas memorias á Ramon Luna y á Adelaida.

Lóndres, miércoles 29 de Junio de 1853.

Ayer, despues de recibir tu carta, cerré la mia y la eché al correo: en ella te respondia á todo. Un rato despues tuve una visita: ¿quién dirás que fué? Basilio Basili, que no sabia yo que estaba aquí, y segun me dijo, vino el dia despues que yo. No sé si te escribí que le habia visto en París. El motivo de su viaje lo ignoro: él siempre tan misterioso. Dice que tiene ocupaciones, pero no sé cuales; yo presumo que será componer alguna ópera y tratar de que se la canten. Estuvo mucho rato conmigo: le convidamos á comer y á las seis vino: comimos juntos y despues se marchó, porque dijo que tenia que hacer. Le pregunté por Teodora y me dijo que no sabia si vendria á París este verano. Nosotros nos fuimos luego á un diorama que representa todas las batallas de Napoleon, y allí estuvimos hasta las once, hora en que nos vinimos á acostar. Las *Memorias* tienen que ir ya cada vez á menos, porque es poco lo que nos queda que ver. Aún nos falta, sin embargo, la gran fábrica de cerveza, los diques y la

banca: no sé si hoy iremos á ver algo. Ahora me acabo de afeitar y vestir, y aprovecho este ratito, Manuela mia, hasta que me llamen á almorzar, para irte dando cuenta de lo que hago dia por dia.

Son las once de la noche y acabo de entrar en casa: voy á contarte lo que he visto hoy. Esta mañana nos vinieron á avisar que hoy era la exposicion de flores en *Regent's-Park* (parque del Regente), y fuimos á verla. En aquel parque inmenso, de que ya te he hablado, habia levantadas varias tiendas de campaña muy largas, y dentro de ellas hileras de macetas de flores, de cuantas clases puede haber en el mundo; estas macetas las envian de todas partes de Inglaterra, y la mejor de cada clase se lleva el premio. Otra tienda está destinada á todo género de frutas. Excuso ponderarte el inmenso gentío que llenaba el parque: en la pradera habia sillas para que las señoras se sentaran, y allí estaba toda la buena sociedad de Lóndres: las filas de coches que estaban fuera de la verja del parque se perdian de vista. Todo aquí, Manuela mia, todo es grande,

colosal; los coches por miles, las calles por leguas, las casas palacios. Esta noche hemos ido á ver unos *cafres*, salvajes del Cabo de Buena Esperanza, que ha traido aquí un especulador y con los cuales da un espectáculo. La sala es un teatro. Se corre el telon y aparece una vista de *Cafrería*: entonces sale al pié del tablado un hombre y explica lo que es aquel país y las costumbres de los habitantes, y á continuacion aparecen hasta doce cafres desnudos, con un taparrabo ó tonelete desde la cintura hasta la rodilla, compuesto de varias pieles que cuelgan, sueltas unas de otras, y con brazaletes y collares de avalorios y plumas en la cabeza: entre ellos hay una mujer con su hijo de pecho; son color de cobre muy oscuro, casi negro. El espectáculo se divide en varios cuadros, en los cuales hacen los cafres toda la imitacion de sus costumbres: comen y luego cantan: la cancion es un desentono infernal y unos ahullidos y un silbar espantoso; pero noté que llevaban compás. Despues figuran una boda; luego un combate y la caza del leon. Despues de concluido nos permitieron entrar dentro á verlos,

y yo estuve largo rato con ellos. Les chocó mucho el bigote y la perilla que llevamos C. y yo: con quien más me detuve fué con el chiquitin, que estaba en brazos de su madre: tendrá yá sus dos años y andaba perfectamente. Yo le acaricié mucho; le dí un schelin, y viendo que alargaba la mano para cogerme el programa se le dí, y él se puso á hacer como que leia, señalando con el dedo y diciendo *ta, ta*... lo mismo que hacia mi M. Me dió mucha lástima el pobrecito: tambien tenia su taparrabito de pieles y sus avalorios.

Jueves 30.—Hoy me ha enviado el ministro de España, Istúriz, un convite para ir á comer con él el sábado. Despues he ido con C. á la famosa tienda de joyas de *Mortimer*, porque queria comprarte un juego de botones. ¡Si vieras, vida mia, qué riqueza de almacen, qué cantidad de brillantes y qué precios! Lo mismo hablan de millones de reales, que si hablaran de cuartos. Una joya de cien libras (diez mil reales), es una porquería que casi dá vergüenza el pararse á mirarla. Uno de los que despachaban me conoció, porque estuvo en Madrid á llevar las alhajas que se compraron cuando la boda de la reina, y dijo que me habia visto en el ministerio de Estado, donde en efecto estaba yo entonces; pero yo no sé si me equivocaba con otro: lo cierto es que no se cansaba de decirme *Mr. le Duc* y *Votre Excellence*. Esto debió servir para que á C. le llevaran más caro por lo que compró.

Viernes 1.° *de Julio*.—Anoche, Manuela mia, fuí por primera vez al teatro de *Covent-Garden*, que es el de la ópera italiana. Estando comiendo vió Campos que hacian los *Puritanos* y quiso ir. La A. fué á buscar un palco, que aunque cuestan, como te he dicho, cinco libras (veinticinco duros), á ella se lo dieron por cuatro, que es la friolera de veinte duros. Era un palco bajo de los mejores, de modo que estuvimos muy bien. Fué preciso que me pusiera de frac negro, como para ir á una *soirée*, pues allí no se entra sinó se va vestido, y las señoras de manga corta hasta en las lunetas. El teatro es grande, muy poco menos que el Real de Madrid, pero para mi gusto más elegante, pues siendo tan rico en el adorno, no tiene tantos ringorrangos de confitería. Hay seis pi-

sos de palcos, y lo demás lunetas, de las cuales habrá unas ocho ó diez filas, y el resto parterre. Todo estaba lleno. Me dió mucho placer ver salir á nuestro Ronconi, que cantó con la misma perfeccion que le hemos oido en Madrid, y que aquí tiene un gran partido. La tiple era una tal *Bossio*, que segun me dijo C. ha estado ahí en el Circo: yo no me acuerdo de ella, ni aún de su nombre; quizá tú te acordarás. Es jóven, guapa, y tiene una voz preciosa; algo fria, pero canta muy bien: aquí gusta mucho. El tenor era Mario; ya te acordarás de él. Se mantiene tan buena figúra, y al oirle cantar se acuerda uno de Rubini: le imita tanto, que á veces me parecia estarlo oyendo. Despues de aquel gran artista se puede decir que es lo mejor que hay: cantó el cuarteto de su salida de una manera deliciosa, con la misma gracia y los mismos alientos que lo cantaba Rubini; le aplaudieron mucho y se lo hicieron repetir. En todo el resto de la ópera siguió muy bien; pero donde flaqueó, porque ahí no ha nacido el que llegue á Rubini, fué en *ella é tremante*. El bajo lo hacia el ínclito *Tormes*. Ronconi en cuanto salió

me atisbó, y toda la noche estuvo haciéndome gestos, como hacia en Madrid. Hay en la compañía nada menos que seis primas donnas, que son la Grisi, la Bossio, la Medori, la Tedesco, la Julienne y la... Tenores, Mario y Tamberlik. Despues de la ópera hicieron un baile en que bailó una que me gustó más que cuantas he visto; se llama la *Plunket*. Para el año próximo la Grisi y Mario están ajustados para América, y la A. trata de marcharse con ellos. Llevan entre los dos la bagatela de ochenta mil duros por seis meses, y, segun dicen, á su vuelta piensan retirarse. Ronconi desde aquí va á San Petersburgo. En París la ópera italiana se ha encanallado: la compañía es de medianías, y apenas va gente al teatro; yo no he estado ni una sola vez. Hoy por la mañana he acompañado á Campos á las tiendas, y se ha comprado una porcion de cosas; siempre quiere que yo vaya con él y que sea el que le elija lo que ha de tomar. Por la noche hemos ido á *Vauxhall*, que es un jardin iluminado donde ha habido fuegos artificiales; todo poco más ó menos lo mismo que el otro de que te he hecho relacion, solo que

éste es más grande y se baila. Hemos vuelto á casa á las once y yo me he puesto á seguir esta carta. No sé si mañana recibiré alguna tuya; aguardaré á última hora para cerrar ésta. ¡Cuántos deseos tengo de saber cómo ha salido Ventura de su exámen! ¡y cuántos de volver á verme á vuestro lado! Ya va vencida la mitad del tiempo que he de estar separado de vosotros, y te aseguro que sinó fuera por mi viaje á Vichy, yo no sé si aguantaria más. Yo no pensé estar en Lóndres más que unos ocho dias; pero como Campos, en hablándole de marcharse, se desespera, y yo estoy aquí muy obsequiado, sin gastar un cuarto en vivir y viendo esta magnífica ciudad, voy á esperarme para volver á París con él, que será, creo, dentro de ocho ó diez dias: me parece que lo aprobarás. Díme los progresos que haga mi M. en hablar, y si P. empieza ya á decir algo. Cuando veo niños de su edad no puedo menos de hacerles caricias acordándome de ellos.

Sábado 2.—Ya he pasado la mañana y no me han traido carta: el lunes la espero. Hoy voy á comer á la Embajada, y allí pasaré la noche. ¡Si

vieras, niña mia, qué bueno estoy del estómago! Ni la menor incomodidad: hace muchísimos años que no me encuentro como estoy ahora. Quiera Dios que os halleis todos con la misma salud que yo.—VENTURA.

Lóndres, domingo 3 *de Julio de* 1853.

Ayer, Manuela mia, eché mi carta al correo á las tres, sin haber recibido ninguna tuya, y cuando volví á las seis á comer á casa me encontré con una del 26 que habian traido á aquella hora. No puedo comprender cómo me la trajeron tan tarde, cuando siempre las recibo á las once de la mañana. No era ya hora de escribir, ni ésta podrá salir hasta mañana, pues ya sabes que los domingos no hacen los ingleses más que leer la Biblia. Sin que sea modestia, que contigo no la afectaria, te digo que eso que llamais mis *Memorias* no creo que valen lo que me dices; yo las escribo sin más pretensiones que las de contarte muy sencillamente lo que veo, y sin que me haya pasado por la cabeza un momento que pudieran salir de entre nosotros. A Pepe le ciega el cariño

de hermano; para que eso pudiera publicarse era preciso que estuviera escrito de otro modo, con más correccion de estilo, sin un millon de repeticiones que cometo, porque no pongo cuidado, y con observaciones que omito en las cartas por falta de tiempo. Una de las principales es la manera de vivir de los ingleses, en lo cual me ha parecido ver la gran razon del orgullo y dignidad de este país. Cada casa tiene delante un foso con una verja de hierro; la puerta principal, siempre cerrada, y á ella se llega por una especie de puente. No hay vecindad; cada casa está habitada por un solo inquilino, que la ocupa toda, con la distribucion siguiente: en el piso bajo, cuyas ventanas dan al foso, están las cocinas; en el que da al nivel de la calle, que es el verdadero bajo, tiene el amo de casa su despacho, escritorio, estudio, tienda ó lo que sea, segun su profesion; es decir, allí recibe á los que van á verlo: en el principal está su familia; allí se come y se duerme, y en el segundo habitan los criados. Las casas no tienen, por lo general, más que piso segundo: pocas hay de más. En la puerta hay campanilla y

aldabon, y en el modo de llamar se conoce quién es: primero se tira de la campanilla, y luego, si es criado ó persona humilde, da un golpe; si es visita, un repique; si es el cartero, dos golpes. Este modo de vivir hace que un amo de casa se ven en ella dueño absoluto, como un rey en sus estados, como un señor en su castillo, sin aquello de los chismes de los vecinos; sin que te atisben si haces esto ó lo otro, si comes mucho ó poco; sin que tu mujer ó tus hijas se encuentren en la escalera con el amante de la vecina de al lado, ó con la moza que va á ver al del cuarto tercero; sin la ocasion de hacer amistades de vecindad, que pueden ser buenas ó malas; sin que la criada baje al portal á hablar con el querido; nada. Tú, con tu puerta cerrada, por la cual *nadie*, ni la reina misma, puede penetrar sin tu permiso, estás solo con tu familia, y aquel recinto es tuyo desde la puerta hasta el tejado. Esto, no lo dudes, inspira cierta dignidad, cierta autoridad, cierta conciencia de tu posicion de ciudadano, de jefe de tu casa, que no tiene lugar en nuestro modo de vivir en Madrid. Como esta observacion

podria hacerte otras muchas sobre lo demás que veo. Y esto que te cuento del modo de vivir no creas que es solamente de las clases acomodadas, no; todo el mundo vive así: sea la casa grande ó chica, lujosa ó miserable, en cada una no vive más que un inquilino, y tan señor se imagina en su hogar doméstico el pobre obrero como el primer lord; porque aquí es *verdad* que son iguales ante la ley. Oye una cosa graciosa que le sucedió el otro dia á un español. Habia alquilado un coche; el cochero era tan torpe que lo extraviaba de donde queria ir, y él, aburrido, empezó á reñirle, y entre otras cosas le llamó *bruto* y *animal*. El cochero, muy sério, lo citó ante el magistrado, acusándole de injuria y calumnia y diciendo que él no era *animal*, sinó un ciudadano inglés en el goce por la ley de todos sus derechos de tal: pues no hubo remedio; el español tuvo que pagarle al cochero una cantidad por la injuria y declarar que el tal *no era animal* y que reconocia en él á un *sér racional*, ciudadano de la Gran Bretaña. Así es que aquí hay que andarse con mucho tiento en decir insultos y en levantar la mano sobre todo,

porque cuesta muy caro. (Léele este párrafo á Ricardito.)

Ayer comí en la Embajada: nos dió Istúriz una magnífica comida, y, para que no todo lo que te escribo sea en desventaja de nuestra España, te diré que el repostero que la dispuso es un español llamado Martorell, que aquí en Lóndres tiene fama de ser el primero y se lo disputan en las casas de los lores. En los postres hubo melocotones como los de Aragon, albaricoques, uvas de aquellas grandes que parecen de cera, fresas, fresones, piña, cerezas, guindas, todo rico. Despues del asado, en vez de limpiar las migas con el cepillo, levantan una tira de mantel, como de media vara de ancho, que hay puesta alrededor sobre el mantel, y te queda el sitio limpio para poner el servicio de postres. Eramos unos veinte de mesa, todos españoles: concluyó la comida á las diez, y estuvimos tomando café y fumando hasta las doce. Esta mañana á las diez fuimos C. y yo á la catedral á oir misa. Ya te he dicho que hay en toda ella filas de bancos: una acomodadora recibe á los que entran y los coloca; nosotros, como era tem-

prano, ocupamos la tercera fila. A las once estaba ya llena la iglesia y empezó la misa mayor. Ofició el cardenal Wiseman, nuevamente creado por el Papa; hubo sermon, que predicó un obispo, y la misa se celebró con una gran solemnidad. En el coro habia una excelente capilla, gran orquesta y muy buenas voces. El presbiterio está separado del resto de la iglesia por una columnata, y en él no entran más que los sacerdotes y acólitos. Antes de la misa, el cardenal, precedido de la cruz y ciriales, dió vuelta á toda la iglesia, echando la bendicion á los fieles: la devocion con que estos están es edificante. Duró la funcion hasta las dos y media; á esa hora vinimos á almorzar, y nos fuimos á paseo al parque hasta las ocho, que vinimos á comer, y despues no hemos salido de casa.

Lóndres, lunes 11 de Julio de 1853.

Está mañana, Manuela mia, despues de echar mi carta al correo, salí con C., como te decia, y fuimos á ver el Banco. Tres horas largas tardamos en recorrerlo, y eso sin detenernos lo que

yo hubiera deseado. Despues de pasar por una multitud de salones, donde hay centenares de empleados, todos escribiendo, sin levantar la cabeza aunque se hunda el mundo á su alrededor, llegamos al departamento donde se imprimen los billetes de Banco. Es una sala larga en que hay un gran número de prensas, con los correspondientes operarios, todos en movimiento. El operario no hace más que poner el papel sobre la lámina y retirarlo en seguida ya impreso, pues las prensas se mueven solas, impelidas todas ellas por una gran máquina de vapor que hay en el piso inferior. En el testero de esta sala hay un gran cuadro con casillas, y á cada billete que se imprime aparece un número en una casilla, del cual toma razon un empleado: de esta manera no pueden los operarios imprimir furtivamente ningun billete. Fuimos luego á la sala donde se pesan las libras esterlinas. Esto se hace tambien por medio de una máquina, asistida por un solo hombre. Coloca éste una porcion de monedas dentro de un tubo cilíndrico, que tiene á su extremo inferior dos conductos que van á parar á dos distintos cajo-

nes. Las monedas van llegando una trás otra á dicho extremo, y el mecanismo es de tal suerte que la moneda se detiene allí un instante, y si tiene el peso cabal cae en el cajon de la derecha, y si está falta cae en el de la izquierda, y así van cayendo todas con mucha rapidez. El operario entonces saca las buenas para volverlas á la circulacion, y las malas las mete en otra máquina, que es como una caja dividida por una cuchilla, la cual se pone en movimiento y van cayendo por un conducto todas las monedas cortadas para enviarlas de nuevo á la fundicion. En la sala hay una porcion de estas máquinas, todas funcionando á la vez. Es curioso ver cómo se ha simplificado aquí el trabajo por los brazos: todo se hace por medio de máquinas: para lo que antes se necesitaban veinte hombres, basta hoy un muchacho de catorce años, y se hace más pronto y mejor. Despues entramos en la sala donde cambian los billetes por dinero. No lo cuentan como en España; lo dan al peso. Presentas tu billete, y con un gran cucharon cojen de una cesta las monedas (por supuesto de oro, allí no se vé plata) y la

echan en el peso, y desde allí te la dan, con tal tino y precision que puedes estar segura de que no te dan una de más ni de menos. Por último, fuimos á la sala donde tienen el depósito de los billetes y el dinero. Todas las paredes son grandes armarios de hierro; abrieron uno, y desde el suelo al techo estaba lleno de taleguitos de libras esterlinas; ya sabes que la libra esterlina es una moneda de oro de cinco duros, ó más bien de cinco napoleones; cada napoleon tiene cuatro chelines, y el chelin equivale á una peseta y seis cuartos; de modo, que la libra esterlina tiene veinticinco francos de Francia, ó sean noventa y cinco reales nuestros, y de aquí veinte chelines. La libra esterlina es la moneda que se lleva en el bolsillo, es la unidad de aquí, es lo que equivale, en importancia, á llevar en Madrid un duro. De modo que puedes calcular que la relacion entre Madrid y Lóndres es de uno á cinco. Salir de casa con cuatro ó cinco libras en el bolsillo, es salir muy pobremente habilitado. Chelines no los lleva más que la gente muy mediana, y si al comprar en una tienda tienen que devolverte *pe-*

niques, que son los cuartos de aquí, moneda de cobre, es cosa tan vergonzosa que te los dan envueltos en un papel para que no te manches las manos. Con esto formarás una idea de lo caro que es Lóndres. Volviendo al Banco te diré que el hombre que tenia las llaves de aquellos armarios, que era un viejecito muy limpio y muy colorado, con su corbata blanca y su frac negro bastante raidito, pero muy cepillado, abrió otro donde estaba guardado el papel-moneda, y tomando un paquete de billetes atado con un bramante, paquete que tendria unos cuatro dedos de grueso, me lo puso en la mano, diciendo con una sonrisa muy natural: *one million*, que queria decir *un millon*. Es decir, que tuve en mi mano *un millon de libras esterlinas*, ó lo que es lo mismo, *cinco millones de duros*, es decir, *¡cien millones de reales¡*—*¡Muchas gracias!* le dije en inglés, y volví la espalda para echar á andar. El viejecito se echó á reir y no se movió de su sitio. Le volví su paquete, que él encerró otra vez con un aire muy indiferente, y yo me marché de aquella sala prodigiosa, pensando que á aquel viejecito debe

de sucederle con el dinero como á los confiteros con el dulce. Excuso decirte que aquel armario que abrió estaba todo repleto de paquetitos como el que tuve en mi mano. ¡Cuando lo tomé y fijé en él mis ojos no me acordé de otra cosa que de tí y de mis hijos! Esta noche he estado en el teatro inglés á ver la tragedia *Sardanápalo*, y por segunda vez he salido admirado de la ejecucion. Las decoraciones son panoramas con unos efectos de luz asombrosos: los trajes sorprenden por la verdad y la riqueza. ¡Y qué manera de estar puesta en escena la obra! ¡Qué comparsas, sobre todo! De esto, niña mia, no tienes idea, ni aún habiendo visto los teatros de París. No concebirás cómo puede ser mejor que aquello; pero te digo que es infinitamente superior. Algo te dije ya cuando te hablé de *Macbeth*; pero esta tragedia, cuya accion pasa en Babilonia, admite mucha más riqueza y pompa. ¡Dios mio, qué atrasados estamos en nuestra España! La distancia es inmensurable.

Martes 12.—Esta mañana vino á verme Bistéghi, aquel de quien te dije que habia jugado

conmigo en Madrid cuando éramos muchachos, y nos fuimos juntos á pasear por Lóndres. El me ha dirigido á comprar algunas cosillas que necesitaba, y que son mejores y más baratas en Lóndres que en París; no quiero decirte qué, ya lo verás; porque si lo cuento aquí, me privo del gusto de la sorpresa el dia que llegue á casa, y puestos todos alrededor mio, abra yo mis maletas y empiece á sacar cosas. Bistéghi me dió una entrada para el teatro de *Govent-Garden*, y allí he ido esta noche. Han hecho el acto primero de *Norma*, por la Grisi, la Bellini, Tamberlik y Tormes, y el *Rigoleto* por la Bossio, Mario y Ronconi. C. no ha podido lograr palco, y se ha marchado al jardin de Vauxhall. Mi entrada era para el *parterre*, ó sea el *patio*; pero aquí van á ese sitio personas de la buena sociedad; las señoras de *toilette* y los hombres de frac negro. No hay números: los que van temprano se sientan, los que van tarde se quedan en pié en el espacio que hay alrededor: yo he sido de éstos; pero, como se puede circular libremente y salir y entrar, he estado bien. Ese puesto, que es el más

barato de la planta baja, cuesta siete chelines, que son treinta y cinco reales escasos.

No hay duda en que el hacer que todos vayan vestidos de sociedad le da al teatro un aspecto de decoro y de elegancia brillantísimo. El verse uno en ese traje le hace además estar con más compostura, con mejor educacion. Cuando uno se encuentra sin vestir, envuelto en la capa y con el sombrero encasquetado, aunque sea persona fina, está más dispuesto á cualquiera grosería. He observado que la oposicion á vestirse es síntoma de encanallamiento. En estos teatros, y especialmente en *Covent-Garden*, se lleva eso á tal punto que la mayor parte de los hombres van hasta de corbata blanca. Si uno entra así en un teatro nuestro todos le miran con extrañeza. Aquí nadie se pone el sombrero, ni aún en los corredores de los palcos; verdad es que todo está muy alfombrado y muy cerrado de cristales. He oido con mucho gusto el acto de *Norma*. La voz de Tormes sonaba muy bien en la introduccion. Al entrar el coro en la frase *nella citá de Cesari*, resultó un efecto de masa de voz magnífico. El cuerpo de

coros es numeroso y brillante: la orquesta toca de un modo admirable, dirigida por un tal *Costa*, que tiene fama de habilísimo director. ¡Qué union, que parece á veces un solo instrumento; qué manera de apianar de repente! Allá tenemos *profesores*, eso sí, muy buenos, excelentes, algunos quizá mejores que los de aquí; pero *orquesta*... está á muchas leguas. Eso sucede en España en todos los ramos: individualidades en todo muy buenas: pero union, conjunto, eso nunca. La Grisi no está tan estropeada como me habian dicho: lo que es como cantante me ha parecido mejor que cuando la vimos en París: quiero decir que canta mejor. Como actriz, en el terceto final ha estado sublime. *Pria che costui conoscere t'era il morir meu dauno* lo ha dicho de una manera que hacia levantar del asiento. Tamberlik es el mismo, el mismísimo Tamberlik que oiste en Madrid. El *Rigoleto* es, para mi gusto, la mejor ópera de Verdi, despues del *Nabuco*. Me ha gustado infinito; ya ves que en mí es mucho decir, siendo de *Verdi* y la primera vez que la oigo. No hay en ella extravagancias, no hay amaneramiento, no hay aquel

ruido de música militar, ni aquellas frases cortadas secamente. A no saber de quién era hubiera dicho que era una partitura de Bellini. Tiene melodías de un sentimiento delicado, cantos fáciles, de mucha frescura y gran originalidad. En suma, esta noche me ha gustado Verdi porque no era Verdi. Puede que me engañe, pero este efecto me ha hecho; así es que iré á verle cuantas veces se haga. Lo que tengo que decirte es que la Bossio, sobre tener una voz de tiple tan pastosa y tan dulce que no he oido otra en mi vida de igual sonido sinó la tuya, canta con una perfeccion que no la iguala ninguna de las cantantes que hay hoy. De Ronconi nada te digo; sublime como cantante y como actor. He estado en su cuarto en un entreacto y me ha dado muchos abrazos; se acuerda mucho de Madrid. Mario estaba bien de voz, y ya te he dicho que canta divinamente. Es decir, niña mia, que he pasado una noche muy agradable en la ópera, y más aún con contarte lo que he visto. Ahora me voy á acostar.

Miércoles 13.—Hoy por la mañana he ido á ver la famosa fábrica de cerveza de Perkins. Cosa co-

losal, como todo lo de aquí. Es un establecimiento que ocupa una manzana entera, manzana de dimensiones como todo nuestro palacio y caballerizas. Hay almacenes inmensos llenos de sacos de cebada, que, como sabes, es con lo que se hace la cerveza. Para que empieces á tomar una idea de esta célebre fábrica y de la cantidad de cerveza que se beberá en Lóndres, te diré lo que gastan *diariamente* en comprar sacos de cebada; asciende á tres mil *libras esterlinas*, es decir, quince mil *duros*. Las dos calderas que he visto, en que se cuece el grano, son del tamaño cada una de la media naranja ó cúpula de una de nuestras iglesias. La cerveza sale de allí por un cáuce, como si fuera un río; va á caer en unos estanques inmensos, donde se la deja enfriar, y pasa despues á unos toneles... Estoy por no seguir, porque temo que vas á pensar que me estoy divirtiendo en contarte un sueño. Estos toneles tienen en su base cuarenta piés de diámetro cada uno; ¡figúrate cuál será su altura! Para que te lo representes mejor te diré que, cuando la coronacion de la reina Victoria, los dueños de esta fábrica obse-

quiaron al mariscal Soult, embajador de Francia, dándole una gran comida dentro de uno de estos toneles. Allí pusieron la mesa para sesenta cubiertos, y quedó el espacio necesario para aparadores, circulacion de los criados, etc. Hay una cuadra con trescientos caballos para el servicio de los carros de la fábrica: estos caballos son de una raza especial, desconocida fuera de aquí; su tamaño es colosal, las patas muy gordas, cubiertas de pelo en los tobillos, y el casco tendrá más de una cuarta de diámetro. Esta fábrica de Perkins es la que visitan los viajeros, por ser la más grande, no por ser la única; hay en Lóndres otras muchísimas. Comprenderás esto al saber que aquí solo beben vino los ricos, porque el país no lo produce, y como viene del extranjero es sumamente caro: una botella de Burdeos ordinario cuesta diez *chelines*, cincuenta reales. La gente media y la baja no bebe más que cerveza. En la fonda regularmente se pide *half and half*, que quiere decir *mitad y mitad*, y te dan un jarro de cerveza mezclada, mitad negra y mitad blanca. A propósito de esto, cuentan aquí que un dia, muy

de madrugada, llegó un inglés á una tienda de cerveza, cuya puerta estaba aún cerrada, y empezó á dar golpes gritando que le dieran *half and half*. El tendero estaba en la cama con su mujer y no tenia gana de levantarse; pero tanto golpeó el inglés y tanto gritó *¡half and half, half and half!* que el tendero se levantó de la cama desesperado, y agarrando el orinal, se asomó á la ventana y lo vertió sobre la cabeza del inglés, diciéndole: *toma half and half.*

Esta noche la he pasado en casa de Comyn, el secretario de la embajada, con Sorela y otros españoles, tomando té y charlando. He tenido hoy carta de la condesa de Montijo; me la escribe desde Carabanchel, y me dice que está muy triste por verse separada de su hija, á pesar de que van allí muchos amigos á acompañarla. Tambien he recibido hoy carta de Barbieri desde París, á donde llegó el 9: me dice que me vaya al instante, que tiene mucho deseo de darme un abrazo. Yo le he contestado hoy mismo diciéndole que, á pesar de que C. no quiere soltarme, estoy decidido á marcharme el lunes, y así lo haré. Ayer

hizo un mes que llegué á Lóndres, y todo él lo he necesitado, no descansando, para ver lo principal, y bastante deprisa. Mucho me alegro de haber visitado esta gran ciudad; pero siempre me queda un vacío, y es que tú no la hayas visto conmigo: esto me destruye todo el gusto.

Jueves 14.—El dia de San Buenaventura ha amanecido lloviendo, para aumentar la tristeza que me causa el no pasarlo á tu lado, Manuela mia. A nadie le he dicho que es hoy mi santo, de modo que de nadie recibo los dias, y me está sucediendo como á V., que ya te acuerdas que se enfada cuando el dia de su santo no le proporcionan muchas diversiones, porque cree que es de rigor que en tal dia se divierta más que en los otros. Lo que más siento es que á estas horas, que son las dos, no he recibido carta tuya, y yo la esperaba hoy. Me consuela la idea de que á estas horas os estareis acordando de mí y echándome de menos. ¡Ojalá que en el instante que te escribo esteis todos buenos y que mi Manolito no haya vuelto á tener novedad; que os reunais hoy para hacer memoria del ausente, el cual está con su

memoria y su corazon en medio de vosotros! Dios me conceda ver muchos dias aún como el de hoy, si los he de ver á tu lado y al de mis hijos: sinó ha de ser así, no los deseo. El lunes 18 te escribiré y será la última que te dirija á Madrid, pues la recibirás el 24, víspera de tu marcha. Despues de ese dia, te pondré las señas del modo que tú me digas.

Lóndres, viernes 15 de Julio de 1853.

Tienes razon, Manuela mia, en decir que algunas veces se descuidan en el hotel de París, y tus cartas llegan á mis manos aquí un dia despues de lo que debian. Hoy he recibido la del 8 que debí recibir ayer; esto ha sucedido ya tres veces. La regla es que las cartas entre Madrid y Lóndres estén cinco dias en camino, es decir, tu carta del 8 sale de Madrid ese dia por la tarde, está en el camino el 9, 10, 11, 12 y 13, y el 14 por la mañana la recibo aquí. Así llegan todas las tuyas; solo ésta y otras dos se han detenido. Menos tardan en llegar á tí las mias, pues me dices hoy que el 7 recibiste la mia del 2; esto lo

causa la detencion en París, pero como ya me voy á marchar allá, no debemos alterar el método. Mucho me hubiera alegrado recibir tu carta ayer, dia de mi santo, que lo pasé muy triste: todo el dia estuvo lloviendo y hoy continúa. Me digiste que salias de Madrid el 25, y hoy veo que es el 24 á las seis de la mañana. Ayer te escribí una *memoria*; mañana 16 echaré ésta al correo, que la recibirás el 21, y el lunes 18 te escribiré otra para que la recibas el 23, víspera de tu salida. Despues seguiré dirigiéndolas, como me dices, á Madrid, hasta que reciba la primera tuya de los baños y me digas cómo he de poner el sobre, pues enviándolas siempre por Madrid, tardarán muchísimos dias en llegar á tí. Mucho deseo que salgas pronto de ese horno. Aquí no solo no hace calor, sinó que más bien por las noches hace frio, no frio, sinó fresco; lo que se llama una temperatura deliciosa. Así estoy yo de bueno que no me conozco. No sé qué sera en París; pero me temo que allí ha de hacer más calor. ¡Si vieras qué bien como y qué bien me sienta! Figúrate que á las doce almorcé un par de huevos y luego un tazon

de chocolate con pan y manteca, y á las cinco ya tenia hambre. Sintiéndome con tan buena salud no es extraño que esto me guste y que trasluzcas en mis cartas que estoy aquí contento, como me dices hoy. Sucede aquí al revés que en París: allí al principio estás encantado y al fin acabas por cansarte; aquí los primeros dias no estaba tan gustoso, y conforme va pasando tiempo me va gustando más; esto me dicen que les sucede á todos.

Sábado 16.—Acabo de recibir otra tuya del 10; ésta ha llegado á su tiempo. Me hablas de las cuentas que yo te hacia en mi carta del 3, y dices que en ellas me he olvidado de las chimeneas, del papel, etc. Yo no lo ponia porque formé aquella cuenta guiándome por los gastos que tú me decias en tu carta, y en ella no me indicabas nada de eso, ni tampoco me decias cuánto seria la cuenta de Noriega. Así es que yo puse aquello á ojo. Pero como tambien me quedé corto en el presupuesto de entrada, pues calculé de Mellado solo dos mil reales y son siete mil, resulta, como tú dices muy bien, que un error queda compensado

con el otro y siempre mi cuenta sale exacta. Me hace gracia el que Olona y Mayquez *hayan determinado* no pagar; es una *determinacion* que yo tomaria siempre cuando debiera dinero. De buena gana les hubiera cedido mis derechos, si me lo hubieran pedido; pero la forma de hacerlo me carga. Hablaré de esto con Barbieri y veremos qué se debe hacer; yo pienso marcharme á París el mártes 19; saldré de aquí por la mañana y estaré allí al anochecer. Me he alegrado mucho de lo que me dices del ajuste de Adelaida; dále á ella y á su familia muchas memorias mias.

No me olvido de llevar una memoria para don Hipólito, como me has encargado: no me ocurre qué llevarle; ya lo pensaré: si á tí te ocurre, dímelo.

Lóndres, lunes 18 de Julio.

Acabo de recibir tu carta del 11, Manuela mia, que debió llegar ayer y no me la trajeron por ser domingo. Ahora me toca á mí decirte que me perdones el haberte dado tan mal rato con la mia del 6. Despues he conocido que me alarmé más

de lo que hubiera debido; pero ya conoces mi imaginacion. No necesito más que una chispa para armar un incendio. Tu carta de hoy me entristeceria mucho, por el mal rato que dices te dí con la mia, sinó me consolara la idea de que á esta fecha ya habrás recibido otras mias, en que verás que aquella idea se me pasó así que recibí la primera tuya y las siguientes. Ayer mañana, domingo, fuimos á Richemond, sitio real que dista unas tres leguas de aquí. Está rodeado de praderas y bosques, con una frondosidad tal como no he visto nunca ni puede existir en el mundo. Visité el palacio de *Hampton Court*, edificado en tiempo de Enrique VIII, que es una antigüedad curiosísima, y está cuidado y conservado de modo que parece que lo acaban de construir. Hay una gran sala, que en tiempo de Isabel era teatro, y en él se estrenaron varias de las tragedias de Shakespeare. Las demás están llenas de cuadros preciosos: hay muchos Ticianos, Rubens, Tintorettos, Riveras, hasta dos Velazquez, y los famosos *cartones de Rafael*; es un museo riquísimo. En ese palacio habitó el famoso Cardenal

Wolsey, ya sabes quién es, aquel que en tiempo de Enrique VIII fué el que promovió el cisma. El dia estuvo muy hermoso, de modo que lo pasamos muy contentos; á las siete acabamos de ver el palacio y nos volvimos á Lóndres, donde llegamos á comer á las ocho y media. Por supuesto que era de dia claro, pues ya te he dicho que los dias que está despejado es una cosa que me choca mucho lo que dura la luz; á las nueve y media aún hay crepúsculo; se puede decir que no es completamente de noche hasta las diez menos cuarto, y á las dos de la mañana ya empieza á clarear. Hoy ha vuelto á amanecer lloviendo, hace unos dias que está siempre así; pero como ya he visto todo lo notable que hay que ver en Lóndres, no me importa gran cosa. Ahora voy á salir á dejar algunas tarjetas de despedida, pues pienso marcharme pasado mañana. Tú recibirás está, niña mia, el 23, cuando estarás haciendo tus baules para mandarlos á la diligencia; y V. que querrá ayudarte á traer ropa y colocarla, y que se empeñará en que metas en los baules hasta la jaca; me parece que lo estoy viendo;

y M. por otro lado, y P. por otro, entre los tres no te dejarán en paz. Y digo los tres, porque R. entretanto estará sin hacer caso estirándose la levita, poniéndose el sombrero á lo Barrutia, mirándose sin hablar una palabra en todos los cristales de todas las vidrieras de la casa. Dios os dé un feliz viaje, queridos de mi corazon, y haga que la primera carta que me escribas desde los baños me anuncie que habeis llegado buenos y que estais bien alojados y sin calor. Díle á Pepa que si vá á casa uno de estos dias un portero de la secretaría de Estado á llevar un paquetito con sobre á mí, que esté á la mira para recibirlo y guardármelo hasta que yo vaya á esa.—VENTURA.

Lóndres, jueves 21 de Julio.

El dia que llegue ésta á Madrid será, segun mi cálculo, el mismo en que llegues tú á Bilbao; pero hasta que de allí me escribas, Manuela mia, seguiré enviando mis cartas á casa. Si hoy han recibido en París carta tuya la guardarán allí, porque yo escribí ayer que lo hicieran así, en

atencion á que mañana me marcho, y ya no llegaría á mis manos: esta es, pues, la última que te escribo desde Lóndres, del cual me despido hoy... sabe Dios hasta cuando; hasta que venga contigo. No te rias, que eso tiene que suceder. Ahora voy á contarte lo que hice ayer. Has de saber que á las once de la mañana, despues de haber almorzado, me dirigí á la estacion del camino de hierro, y tomé billete de ida y vuelta para Southampton, puerto de mar que está veintiocho leguas de Lóndres. A las once salí de aquí, y á la una y cuarto estaba en Southampton; me bajé del coche y me encaminé, por señas que me habian dado, á la casa que habita allí el general Rosas. Me recibió una criada inglesa, la cual pasó recado de que un sugeto de Buenos-Aires deseaba ver al general: salió un negrito y me dijo que su amo estaba en la cama y no podia recibir. Entonces le dije que pasase recado á *Doña Manuelita*, y volvió á salir conduciéndome á una sala donde me dijo que aguardase. La sala estaba elegantemente adornada: sobre la chimenea habia un retrato de Rosas,

de miniatura y del tamaño del que yo tengo en mi despacho: sobre un velador que estaba en medio ví varias cajas, las fui abriendo, y una era el retrato de *Manuelita* y otro el de su marido, pues no sé si sabes que en Inglaterra se ha casado con un antiguo novio que tenia en Buenos-Aires, llamado Máximo Terreros, jóven de quien hacian muchos elogios. A un lado habia un piano abierto, y un papel de música que reparé era la cancion del *Pirata*, de Espronceda, puesta en música creo que por Salas. A poco rato de esperar sentí pasos, se abrió la puerta, y se presentó una señora, que, por el retrato que habia visto, conocí era *Manuelita*. Venia vestida de mañana, con una bata ó peinador blanco y una cinta bordada de encarnado al cuello. Yo la saludé, y ella se quedó parada mirándome como si quisiera reconocerme.—«¿Es usted de Buenos-Aires? me dijo.—Si señora, la contesté; soy Ventura de la Vega. No puedes figurarte la impresion que la hizo: se acercó á mí y me dió la mano diciéndome:—¡Dios mio, cómo se parece usted en la cara á su madre! ¿Y qué sorpresa tan agradable es esta que usted nos dá? ¿Cómo se halla usted aquí? Yo la dije que hacia este viaje á Southampton tan solo por verlos, porque no me hubiera perdonado, estando á dos horas de distancia de ellos, haber dejado de ir á conocerlos y á darles las gracias por las distinciones que les ha merecido mi madre.—Tampoco yo le hubiera perdonado á usted, me dijo, el que nos hubiera privado del placer de conocer á un argentino que hace tanto honor á su pátria, etc., etc. Y ya te puedes figurar lo que añadiria de elogios. Llamó á su marido y me lo presentó: es un jóven alto, delgado, moreno, con gran patilla, bigote y perilla negros como el azabache, muy simpático y de mucho talento. Ella es alta, muy alta, morena, pelo negro, ojos pardos muy expresivos, boca y nariz pequeñas: se dá un aire en la cara á Teodora Lamadrid, y se la parece tambien en el metal de voz. No es gruesa, pero tampoco puede decirse que es muy delgada: tiene muy bonito cuerpo, y un aire de lo más distinguido y elegante que se puede ver. Su conversacion es franca, pero muy fina y con golpes de talento que

dejan parado. Despues de hablar mucho, como puedes figurarte, de Buenos-Aires, de los acontecimientos de aquel país, de mi madre, de mi hermano, etc., fué al cuarto de su padre, y vino á decirme que en cuanto habia sabido que era yo, queria verme, y que le perdonase que me recibiera en la cama. Me levanté para ir allá; pero antes de salir de la sala, se acercó Manuelita á una bandeja con vino generoso y bizcochos que habia hecho traer, y llenando tres copas, nos dió una á cada uno, y me dijo:—Antes de bajar, vamos á brindar por la salud de su mamá de usted. Me enterneció aquel recuerdo; porque aunque algunas veces me hago ilusion de que he de volverla á ver... ¡sabe Dios si será! Bajamos por una escalera interior á un cuartito pequeño, donde habia una mesa con muchos papeles, y á un lado una cama de caoba, en la cual estaba Rosas. Tenia por colcha un *poncho* americano: él estaba incorporado, en mangas de camisa, y tenia puesto un chaleco de pana azul, de solapa, y abrochado de arriba á abajo. Con decirte que es idéntico al retrato, te lo he dicho todo.—Venga acá, me dijo, que no sabe cuanto gusto tengo en conocerlo. Y abrió los brazos y me dió dos abrazos muy apretados, diciéndome:—Ha de saber que tenia pensado ir á Madrid, solo por verle. Me senté en una silla á su lado, Manuelita se sentó sobre la cama, y empezó de nuevo nuestra conversacion de Buenos-Aires.

Rosas es el carácter más original, más raro, más sorprendente que te puedes imaginar. No sé si para cortar cuando le parece alguna conversacion, ó para disimular su pensamiento, ó para desconcertar al que le habla, te encuentras con que pasa repentinamente del tono más elevado, del discurso más sério, á una chapaldita de lo más vulgar, á la cual siguen otra y otra, entre muchas carcajadas, y de allí á un rato vuelve insensiblemente á entrar en el tono sério, y entonces dice, hablando de política, cosas admirables. Decian que solo tenia talento natural y que era poco culto; no es cierto. Es un hombre instruidísimo, y me lo probó con las citas que hacia en su conversacion; conoce muy bien nuestra literatura, y sabe de memoria muchos versos de los poe-

tas clásicos españoles. Con él me estuve hasta las seis y media, en que me levanté para marcharme, porque el convoy salia á las siete; él mandó que arrimaran su coche, y en él fuí al camino de hierro, acompañado del marido de Manuelita. Al despedirme de Rosas me dió un abrazo, y cuando yo me marchaba, me llamó y me dijo dándome otro:—Este por su madre. Manuelita me acompañó hasta el portal, y me ofreció que pronto irian á hacerme una visita á Madrid. A las siete salí de Southampton, y á las nueve y cuarto estaba en Lóndres; es decir, he andado cincuenta y seis leguas en cuatro y media horas. Ahora voy á salir á la embajada á despedirme de Istúriz y á que me visen el pasaporte; á las ocho de la noche iré al camino de hierro, y mañana á las ocho de la mañana estaré en París. Y á tí, niña mia, ¿qué tal te ha ido en el viaje? ¿Cómo estais alojados? Cuéntamelo todo; díme si los niños te han aburrido mucho en el camino y si los dos chiquitos han llegado sin novedad. Mucho deseo recibir carta tuya de ese punto, porque una vez pasado el camino ya no tengo cuidado, porque ahí hará

una temperatura fresca y sana. Aquí, como te he dicho, no conozco que estemos en mediados de Julio: ayer, volviendo de Southampton, hasta tenia frio; y por supuesto sigo con mi chambra de lana, con mi pantalon de paño y con mi manta en la cama. Adios, Manuela mia; Dios quiera que hayas hecho un viaje feliz, que mi M. se robustezca con los baños, y que P. no tenga novedad. Si, como espero, nos volvemos á ver juntos y buenos, ¡cómo os entretendré contándoos tantas cosas como he visto! Adios.

París, lunes 26 de Julio.

Anteayer sábado salí de Lóndres, Manuela mia, á las ocho y cuarto de la mañana: á las once llegué á Folkstone y salí en el vapor: llegué á Boulogne á la una, con un mar muy sereno, y á las tres salí por el camino de hierro para París, á donde llegué á las ocho y media de la noche. Barbieri y Hernando salieron á recibirme y me acompañaron al hótel d'Espagne, donde hallé dos cartas tuyas, una del 14 y otra del 17, las

cuales no me habian enviado á Lóndres, porque, como te dije, escribí que desde el martes no me remitieran ya ninguna. Hoy lunes acabo de recibir otra tuya del 20. La última mia es del 21, es decir, del jueves, la cual ya la recibirás en Bilbao. Desde Lóndres he hecho el viaje con Istúriz, que ha venido para dar los dias á la reina Cristina, que fueron ayer 24. Fuimos á la Malmaison, que es donde habita, á unas dos leguas de aquí: tambien fueron Olona y Barbieri. Estuvo muy amable conmigo; tanto ella como Riánsares me preguntaron con mucho afecto por tí y por los niños: la reina me preguntó cuántos tenia; yo le dije: —¡Cuatro, señora!—¡Hombre, me contestó, qué bueno eras para rey! Allí me encontré á Grimaldi, que se empeñó en que fuera á comer con él, y así lo hice: comimos él, su hijo y yo solos, porque su mujer, con las niñas, está en el campo. Allí me estuve hasta las diez que me vine al café de Tortoni, donde estaba citado con Barbieri y Olona, y estuvimos juntos hasta las doce, que me fuí á acostar. Ya sabrás que Olona (padre) está aquí, encantado con París. Lo mismo le pasa á

Andrés, á quien hallé en el boulevard ayer, y á quien he ofrecido acompañar y dirigir para verlo todo y hacer algunas compras. Campos se ha quedado en Lóndres con madama, y no creo que venga hasta primeros de Agosto. Yo no encontré desocupado mi antiguo cuarto en el hótel d'Espagne y por el pronto me metí en uno interior, tamaño como un pañuelo y oscuro. Barbieri y Olona, que viven en otro, cerca del mio, se han empeñado en que me vaya á vivir allí y me han proporcionado un cuarto: ahora lo voy á ver, y si me gusta me mudaré á él, porque el verme solo me entristece. Me alegro, niña mia, de que adoptes el sistema que me dices en tu carta, de decirme como estais, sin ocultar nada. Así, mientras no me digas clara y terminantemente *esto hay*, no me hará cavilar ninguna expresion que me pongas, por alarmante que pudiera parecerme. Veo con placer que todos estais buenos, pero no eres justa en pensar que no me acuerdo de P. Mi cuidado era por Manolo, porque era el que sufria, y ya sabes que hay momentos en que se quiere más al hijo que sufre: no te hablo de Pe-

pito, porque siempre me repetias que tenia una salud envidiable; pero ni le quiero menos ni es feo el pobrecito: lo era de recien nacido, eso es verdad, pero cuando yo me marché ya te decia que habia cambiado y se iba poniendo guapo: ahora me figuro que lo estará más, y no estando ninguno enfermo, á todos cuatro los quiero con igual cariño: sucede que hace más gracia el que es más mono, y eso consiste mucho en la edad de cada uno. M. está en la edad de hacer más monadas que P., pero el cariño es igual para todos. He recibido carta de Salas, que me dice ha visto á M. tan bueno: lo mismo me ha dicho Andrés. ¿A qué ha ido María á Valladolid? Ya veo que has cumplido mi encargo, obsequiando el dia de San Buenaventura á la tia y á Pepe con palominos con tomate: no es mal bocado. El detener dos dias la carta que te envié por la secretaría de Estado, ha consistido en que yo se la dirigí á Albistur y éste está en la Granja; de modo que iria allá, y él la volveria, en cuyo caso no ha sido mucho la detencion. Me he reido como un tonto con lo que me cuentas de haberse em-

peñado M. en ponerse la piel, y todo lo que me dices de él me hace una gracia que no te lo puedo ponderar: tambien me hace gracia la buena pasta del pobrecito Pepe. Por mi cálculo debes haber llegado hoy á Búrgos á cosa de las diez ó las once de la mañana, porque yo, que salí de Madrid á las cinco, llegué á las ocho. Mucho deseo saber qué tal has hecho tu viaje. Has de saber, niña mia, que á pesar de lo muchísimo que me ha gustado Lóndres, no me ha parecido París inferior, como dicen algunos: hay aquí más vida, más alegría: aquello es más grave, más formal. Nunca me has dicho si remitiste mi carta á Enrique Pastor; yo le escribia que la respuesta te la mandara á tí: ahora, como tú no estás en Madrid, no sé qué hará; quizá, si la envia á casa, la Pepa ó Pepe sepan ponerle las señas mias en el sobre. He visto que los periódicos todos hacen muchos elogios de Pastor por varios decretos que ha dado; me alegro mucho. Si me mudo de hotel te diré las nuevas señas que has de ponerme; entretanto yo tendré cuidado de recoger tus cartas del hotel d'Espagne. Adios, Manuela mia,

muchos besos á mis pollitos: cuéntame como os vá y recibe el cariño de tu—VENTURA.

París 31 de Julio.

Tu carta del 26 debió llegar ayer, y no la he recibido hasta hoy. En estos cinco dias, ¡qué habrá sucedido!... ¡Dios mio!... Aquí estoy, rodeado de todos los amigos, que se esfuerzan por consolarme y no se separan de mi cuarto. Barbieri, Hernando, los Olonas, Montalvo, todos á porfía me ofrecen consuelos y procuran comentar tu terrible carta buscando en ella palabras de esperanza... ¡Ay, Manuela! ¡Esperanza que no hay en mi corazon desgarrado!...

No puedo escribirte más: los amigos me quitan la pluma de la mano viendo el estado en que me hallo, y no me dejan seguir.

Dios tenga piedad de tu—VENTURA.

París 1.º de Agosto de 1853.

Tu carta del 27, que acabo de recibir, me ha dado un rayo de esperanza. He pasado toda la noche en vela, sin cesar de rogar á Dios y á la

Vírgen Santísima que me concedan volver á ver á mi hijo, que me quiten los años que quieran de mi vida, con tal que pase los demás con él; se lo he pedido con tanto fervor que el corazon parecia que se me salia del pecho: yo creo que Dios me ha oido, porque conforme ha ido amaneciendo me he ido sintiendo más consolado, y por fin llegó tu carta. Los amigos no me dejan un instante solo. Ayer les dí un mal dia, porque tu carta me puso en un estado de frenesí como no me he visto en mi vida. ¡La amargura de estas veinticuatro horas bastaria á purgar los pecados de una vida entera! Hoy pasaré el dia más tranquilo; pero, ¿y mañana?... ¿Qué me traerá tu carta de mañana?... Así que se acercan las diez del dia, que es cuando me traen tu carta, empiezo á sentir un temblor, un trastorno en toda mi máquina, como cuando me entraba el acceso en Madrid. Ahora veo, Manuela mia, que la costumbre antigua, que tú desapruebas, tiene sus ventajas. Recibir la muerte así, á dósis diarias, es un tormento que no se puede resistir... Es mejor ocultarlo, y cuando llega la crísis dar entonces la no-

ticia, favorable ó adversa: se sufre todo de una vez si es adversa: se lleva un golpe mortal; pero uno solo... ¡y no tantos seguidos!

Esta noche seguiré mis oraciones, para que Dios haga que reciba otro rayo de consuelo.

Adios, Manuela de mi alma, recibe el afligido corazon de tu—VENTURA.

París 9 de Setiembre.

Hoy hace cuatro meses, Manuela mia, que salí de Madrid, y hoy salgo de París, para volver á reunirme contigo. A las siete de esta tarde emprendemos nuestro viaje, y llegaremos á Burdeos mañana á las ocho de la mañana. Hasta ahora sigo en el mismo plan que te he indicado, es decir, en seguir por tierra hasta Bilbao, enviando á la Teste todo nuestro equipaje para que lo lleve á esa el vapor, que segun mis noticias, debe salir el dia 13. Si en Burdeos mudo de plan, ya te lo escribiré desde allí; pero si nada se opone á ello, es indispensable que renuncie ahora al gusto de darte una sorpresa que te preparaba y te ponga al corriente de todo para que ayudes á que sal-

gamos adelante. Es el caso que yo, cediendo á las instancias de V., ó para decir verdad á mi propio deseo, he comprado... ¿qué dirás? Nada menos, Manuela mia, que una carretela muy bonita para que mi M. y mi P. se paseen por el Prado. No creas que carretela de persona, sinó de juguete, de las que van por los Campos Elíseos tiradas por cabras ó carneros; pero hay que advertir que entre las de juguete es esta de las más grandes, montada sobre ballestas, con su capota; en fin, preciosa, y me ha costado, asómbrate, ¡treinta duros! Esta carretela se ha empaquetado muy bien en casa de M. Chambon, dentro de un cajon de madera, y en otro cajon se ha empaquetado el reloj para la consola de la sala con sus dos candelabros, los otros tres para las tres rinconeras, etc., etc., y todo ello va por el camino de hierro á Burdeos, desde donde lo enviaré, como te he dicho, á la Teste, para que el vapor lo lleve ahí. Con estos dos cajones enviamos tambien nuestros baules, que son: tres mios y dos de París, con dos sombrereras; total nueve bultos, y nosotros, con un saco de noche nada más, segui-

mos desde Burdeos hasta Bilbao. Ahora bien, has de saber que los dos cajones susodichos son enormes, particularmente el de la carretela es tremendo de grande: abultará como una cómoda de las mayores que hayas visto, y más; el otro cajon no es tan grande.

Te confieso que si yo hubiera sabido lo que iban á abultar esas dos *cajitas*, hubiera renunciado al proyecto; pero despues de compradas las cosas y de vérmelas ayer en el patio de M. Chambon ya empaquetadas y rotuladas, ¿qué habia de hacer? Grande fue mi espanto al verme frente á frente de aquellos *dos Pirineos*: me quedé parado, me santigüé siete ú ocho veces, eché á media voz catorce ó quince interjecciones de aquellas que suele prodigar en la conversacion Patricio Escosura, me eché luego la mano al rizo y le estuve dando vueltas un cuarto de hora, con los ojos muy abiertos y sin moverme de un sitio: luego me acerqué á aquellas dos *fortalezas*, dí la vuelta alrededor de ella, en lo cual tardé, á buen paso, unos ocho minutos, hecho lo cual resolví lo único que habia que resolver en aquellas alturas,

que fué enviar los dos *jigantes* al camino de hierro. No hablemos, pues, de lo que ya está hecho, y piensa solo en que la deidad protectora de las carretelas y de los relojes nos lleven en sus alas lo uno y lo otro á casa. Probablemente el lunes 12 nos veremos; el vapor llegará á esa el 14 por la mañana; quizá esta carta llegue á tus manos al mismo tiempo que yo, pero te la escribo por si mi viaje se retrasa algunas horas, que tengas ese tiempo más de cavilar en el plan. Si salimos con bien, ¡cuánto hemos de gozar en ver á nuestros dos pichoncitos en el coche más mono que ha paseado por Madrid! Ya está V. soñando con que la jaca tire de él (porque tal es su tamaño); seria un dolor que nos lo quitaran. En fin, Dios nos ha sacado de otras *sérias*, y no nos ha de chasquear en ésta.

Adios, Manuela mia; aquí de tu talento. Prepárate á recibir un abrazo muy apretado de tu—VENTURA.

FIN.